3 1761 09544632 4

LS Gil y Zárate, Antonio
G4898mo Un monarca y su privado

PRESENTED TO

THE LIBRARY

BY

PROFESSOR MILTON A. BUCHANAN

OF THE

DEPARTMENT OF ITALIAN AND SPANISH

1906-1946

GALERIA DRAMATICA.

COLECCION
DE LAS MEJORES OBRAS
DEL TEATRO
ANTIGUO Y MODERNO ESPAÑOL
Y DEL ESTRANGERO,

POR

LOS PRINCIPALES AUTORES.

Madrid:
LIBRERIAS DE CUESTA Y RIOS.

CATALOGO *de las comedias que contiene esta Galería.*

Marcela, ó ¿á cuál de las tres?	6	Rodrigo.	8
Un tercero en discordia	6	Carlos V en Ajofrin.	4
Un novio para la niña.	6	Cuidado con las novias.	6
Otro diablo predicador.	4	Un monarca y su privado.	8
Me voy de Madrid.	8	El dia mas feliz de la vida.	4
La redaccion de un periódico.	8	El vigilante.	4
Las improvisaciones.	4	La escuela de los viejos.	6
Una de tantas.	4	El vaso de agua.	6
Muérete y verás.	8	Un casamiento sin amor.	6
El amigo mártir.	8	Matilde.	8
Todo es farsa en este mundo.	8	D. Trifon.	8
D. Fernando el emplazado.	8	Masaniello.	8
Medidas estraordinarias.	4	Atrás!	4
El poeta y la beneficiada.	6	Guzman el bueno.	8
Ella es él.	4	El amigo en candelero.	8
El pró y el contra.	4	El Trovador.	8
El hombre gordo.	4	El page.	8
Flaquezas ministeriales.	8	El rey monje.	8
El hombre pacífico.	4	Magdalena.	8
El que dirán.	8	El bastardo.	8
Un dia de campo.	8	Samuel.	8
El novio y el concierto.	4	Dandolo.	8
No ganamos para sustos.	8	El encubierto de Valencia.	8
Bellido Dolfos.	8	Batilde ó América-libre.	6
¡Una vieja!	8	Margarita de Borgoña.	6
El pelo de la dehesa.	8	La pandilla.	5
Lances de carnaval.	4	D. Juan de Marana.	6
Pruebas de amor conyugal.	6	Calígula.	6
El cuarto de hora.	8	Zaida.	8
La ponchada.	4	Juan de Suavia.	6
El plan de un drama.	4	El caballero leal.	8
Dios los cria y ellos se juntan.	8	El premio del vencedor.	8
Cuentas atrasadas.	8	Gabriel.	8
Mi secretario y yo.	4	Las bodas de Doña Sancha.	8
¡Qué hombre tan amable!	8	Los amantes de Teruel.	8
Los hijos de Eduardo.	6	Doña Mencia.	8
Engañar con la verdad.	4	La redoma encantada.	8
Los primeros amores.	4	La visionaria.	8
A la zorra candilazo.	4	Los polvos de la madre Celestina.	8
El amante prestado.	4	El amo criado.	6
Un paseo á Bedlan.	4	Ernesto.	6
Mi tio el jorobado.	4	El barbero de Sevilla.	6
La familia del boticario.	4	Alfonso el Casto.	8
El segundo año.	4	Primero yo.	8
La loca fingida.	4	El abuelito.	4
No mas muchachos.	4	El Bachiller Mendárias.	8
Mi empleo y mi muger.	4	Macias.	6
La primera leccion de amor.	6	No mas mostrador.	6
Lo vivo y lo pintado.	8	Roberto Dillon.	5
La pluma prodigiosa.	8	Felipe.	4
La Batelera de Pasages.	8	Un desafio.	4
La mansion del crimen.	4	Arte de conspirar.	6
La escuela de las casadas.	8	Partir á tiempo.	4
El Editor responsable.	8	Tu amor ó la muerte.	4
¡Estaba de Dios!	8	D. Juan de Austria.	6
Blanca de Borbon.	8	D. Alvaro, ó la fuerza del sino.	8
Carlos II el hechizado.	8	Tanto vales cuanto tienes.	8
Rosmunda.	8	Solaces de un prisionero.	8
D. Alvaro de Luna.	8	La morisca de Alajuár.	8
El entremetido.	6	El crisol de la lealtad.	8

El desengaño en un sueño.	8
Mas vale llegar á tiempo.	4
Ganar perdiendo.	6
Cada cual con su razon.	8
Lealtad de una muger.	4
El zapatero y el rey 1.ª parte.	4
Apoteosis de Calderon.	6
El zapatero y el rey, 2.ª parte.	6
El eco del torrente.	6
Los dos vireyes.	8
La corte del Buen-Retiro.	8
Bárbara Blomberg.	8
D. Jaime el conquistador.	4
Higuámota.	8
La aurora de Colon.	8
El conde D. Julian.	8
Cerdan, justicia de Aragon.	8
Contigo pan y cebolla.	8
Tal para cual.	8
Las costumbres de antaño.	8
El jugador.	8
Del mal el menos.	8
Toros y cañas.	8
Quien mas pone pierde mas.	6
Rivera.	6
El rigor de las desdichas.	5
Las simpatías.	6
El diablo cojuelo.	6
Las ventas de Cárdenas.	8
Dos validos.	6
La tumba salvada.	8
El Tasso.	8
Acertar errando.	8
Hacerse amar con peluca.	8
Shakespeare enamorado.	8
Máscara reconciliadora.	8
El testamento.	8
El gastrónomo sin dinero.	8
Miguel y Cristina.	6
La vuelta de Estanislao.	6
Las capas.	6
Un ministro!!!	8
Quiero ser cómico.	8
El ambicioso.	4
Marino Faliero.	8
El marido de mi muger.	6
Jacobo II.	6
El rey se divierte.	5
La muger de un artista.	4
La segunda dama duende.	4
Un alma de artista.	6
Una ausencia.	4
Mateo.	4
Amor de madre.	6
El honor español.	8
La sociedad de los trece.	8
Los perros del monte de san Bernardo.	8
El héroe por fuerza.	8
Bruno el tejedor.	8

UN MONARCA

Y SU PRIVADO,

DRAMA EN CUATRO ACTOS Y EN VERSO.

SU AUTOR

Don Antonio Gil de Zárate.

LIBRERIA

MADRID:
EN LA IMPRENTA DE YENES,
CALLE DE SEGOVIA, NÚM. 6.

1841.

L5
G4898mo
587972
9.7.54

PERSONAS.

EL REY DON FELIPE IV.
EL CONDE-DUQUE DE OLIVARES.
LA CONDESA DE OLIVARES.
DOÑA SERAFINA.
DON FERNANDO CARDONA, *amante de doña Serafina.*
DOÑA JESUSA, *dueña de doña Serafina.*
ANDRES DE LEON, *médico de palacio y confidente del conde-duque.*
DON PEDRO CALDERON DE LA BARCA (1).
DON FRANCISCO DE QUEVEDO.
UN ALCALDE DE CORTE.
UN POSADERO.
UN ESCUDERO.
PALENCIA, *criado de don Fernando.*
UNA CAMARERA DE LA CONDESA.
VARIOS POETAS DEL TIEMPO DE FELIPE IV.
CRIADOS DEL CONDE-DUQUE.
ALGUACILES.
MOZOS DE LA POSADA.

La escena se figura el primer acto en una posada cerca de Aranjuez, y los demas actos en Madrid. Año de 1643.

Este drama, que pertenece á la Galería Dramática, es propiedad de D. Manuel Delgado, Editor de los teatros moderno, antiguo español y estrangero; quien perseguirá ante la ley al que le reimprima ó represente en algun teatro del reino, sin recibir para ello su autorizacion, segun previene la real órden inserta en la gaceta de 8 de mayo de 1837, y la de 16 de abril de 1839, relativa á la propiedad de las obras dramáticas.

(1) Deberá representarse de edad de unos cuarenta años, cuando era todavia seglar.

Acto primero.

El teatro representa la sala de un meson á las inmediaciones de Aranjuez. Puerta grande al foro: otras mas pequeñas al mismo foro y á la izquierda del actor. Ventana á la derecha dando al campo.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA JESUSA, *sola.*

(*Al levantarse el telon se oye una tormenta acompañada de un fuerte aguacero. Doña Jesusa sale del cuarto de la izquierda mas cercano al proscenio y se queda un rato á la puerta, como hablando con una persona que está dentro.*

Jesusa. Sí, señora, pronto vuelvo:
voy un rato á la cocina!—
Bien.... haré que sin tardanza
nos preparen la comida.—
Son las doce.—¿A pasear?
¡Si está la tormenta encima!—
A la tarde si despeja.
(*Cierra la puerta y da algunos pasos: suena un trueno muy fuerte.*)
¿Santa Bárbara bendita!
¡Qué trueno!... Yo estoy temblando...
¡Y solas allí metidas!
¡en aquel cuarto!... qué miedo!
¡Vaya una aprension de niña!
Y ¡sin hablar!... Es matarme.
¡Yo sin hablar todo un dia!
No, señor.... Vamos abajo....

ESCENA II.

DOÑA JESUSA. EL POSADERO.

Posadero. Tia Jesusa, buenos dias,
Jesusa. Aprenda á tener crianza.
Posadero. ¿Yo?
Jesusa. Sí: no me llamo tia.
Doña Jesusa me llamo.
Posadero. Por muchos años.
Jesusa. Es limpia
mi sangre: los Santillanas
le dan lustre á mi familia;
y hasta del rey don Pelayo
desciendo por recta línea.
Posadero. Bien está: por eso no hay
que regañar.... Señoria
os daré, cuanto mas....
Jesusa. Luego
las tocas siempre son dignas....
Posadero. Bueno.... basta.
Jesusa. Es que....
Posadero. Si digo....
Jesusa. En tocándome á la honrilla....
Posadero. Pero....
Jesusa. Y tengo ejecutoria;
y al que lo dude....
Posadero. ¡Qué arpía! (*Aparte.*)
Ya se acabó.
Jesusa. Se acabó.
Posadero. ¿Está doña Serafina?
Jesusa. En su cuarto.
Posadero. ¿Sola?
Jesusa. Sola.
Posadero. ¡Qué diablos! ¿No se fastidia?
Jesusa. Ese es su genio.
Posadero. Escuchad.
(*La llama con misterio al lado opuesto del cuarto de doña Serafina.*)
Jesusa. ¿Qué?
Posadero. Venid....
Jesusa. Pero....

Posadero. Querria....
Jesusa. ¡Qué quereis! (*Como asustada.*)
Posadero. No hay que asustarse.
Es solo una preguntita.
Jesusa. ¡Ah!... Ya.
Posadero. Decid.... Esa dama
¿quién es?
Jesusa. ¿Quién?... ¿Mi ama?
Posadero. La misma.
Jesusa. ¿La que está allí?
Posadero. ¿Teneis otra?
Jesusa. ¿Aquella?
Posadero. Sí.
Jesusa. ¿Veis qué linda?
Posadero. Parece un angel.
Jesusa. ¿Tan joven?
Posadero. Sí.... mucho.
Jesusa. ¿Tan modosita?
Posadero. Encanta!
Jesusa. Pues bien, se llama....
Posadero. Eso lo sé.... Serafina.
Jesusa. Pues ¿qué mas quereis saber?
Posadero. Quiero saber su familia:
quién es su padre: si es noble:
si es plebeya, pobre ó rica:
si es casada, ó bien soltera;
de dónde es, dónde camina:
en suma, toda su historia
desde que nació hasta el dia.
Jesusa. ¡Todo eso quereis saber!
Posadero. Sí.... vamos.
Jesusa. Yo os lo diria
sin una dificultad.
Posadero. ¿Cuál es?
Jesusa. Una muy sencilla.
Que yo no lo sé tampoco.
Posadero. ¿No lo sabeis?... ¡Bah!... Mentira.
¿Cómo?...
Jesusa. A fé de dueña honrada.
Posadero. ¿Cuándo entrásteis á servirla?
Jesusa. Dos años há.
Posadero. Y ¿no sabeis?...

Jesusa. Es un misterio su vida.
Posadero. ¿No tiene padres?
Jesusa. Lo ignoro.
Posadero. ¿Dónde ha vivido?
Jesusa. En Sevilla.
Posadero. ¿Quién cuidó de ella?
Jesusa. Una anciana.
Posadero. ¿Vive?
Jesusa. Ha muerto.
Posadero. ¿Y ya solita
se ha quedado en este mundo?
Jesusa. No tal; que está protegida
por una señora.
Posadero. ¿Sí?
Jesusa. Y de muchas campanillas.
Posadero. ¿Quién es?
Jesusa. Tampoco lo sé:
no vive en Andalucia.
Posadero. ¿Dónde?
Jesusa. En Madrid.... Y ahora vamos
á buscarla.
Posadero. Poca prisa
tondrán cuando se detienen.
Jesusa. Si esperamos su venida.
Posadero. ¿Aquí?
Jesusa. Sí: en esta posada.
Posadero. Estraña cosa á fé mia.
Y ¿á qué?...
Jesusa. No sé.
Posadero. Nada sabe:
no ví dueña menos lista.
Jesusa. Si aun Serafina lo ignora,
no puedo ser adivina.
Posadero. Bien está..... mas no habeis nunca
visto á esa desconocida?
Jesusa. Sí.... suele todos los años
hacernos una visita.
Debe ser muy gran señora;
que aunque va como á escondidas....
Posadero. Vaya.... algun desliz antiguo.
Jesusa. Pues: ya piensa con malicia.
Posadero. Yo no.... pero cuando....

Jesusa. Es cierto
que la quiere como á hija.
Posadero. ¿No lo dije?
Jesusa. Por su trage,
su porte y maneras finas,
yo la tengo, cuando menos,
por condesa.
Posadero. Es cosa fija.
Y el traérsela á Madrid,
siendo ya grande y tan linda,
debe ser para casarla.
Jesusa. ¡Ay cielos! No lo permita
su divina magestad.
Posadero. ¿Por qué no?
Jesusa. Se moriria.
Posadero. ¡Hola!... ¿Hay amante en campaña?
Jesusa. ¡Hay uno, sí! (*Suspirando.*)
Posadero. ¡Qué afligida
lo decís!
Jesusa. Es que está ausente.
Posadero. Volverá.
Jesusa. ¡Dios quiera!
Posadero. ¿Habria
temor de infidelidad?
Jesusa. ¡Los hombres!
Posadero. ¡Cuál se remilga! (*Aparte.*)
Jesusa. No sabemos ya qué es de él.
Posadero. Todo es misterios y enigmas.
Jesusa. Fue á la guerra habrá seis meses.
¡Como el pobre no tenia
caudal, quiso hacer fortuna;
y acaso alguna maldita
bala á estas horas....
Posadero. La erró:
¿por qué no se fue á las Indias?
Jesusa. Ya se ve.... joven valiente....
Posadero. Muy fuerte chasco seria....
Pero á bien, que si ese falta,
otro al puesto.—¡Santa Rita!
¡Qué oscuridad!... ¡Uy!... ¡Qué nubes!
Mirad, mirad.

(*Se pone muy oscuro: el posadero y Jesusa abren la*

ventana y se asoman mirando al campo. Un gran relámpago y trueno.)

Jesusa. ¡Ay! ¡la vista!...

Posadero. ¡Vaya un trueno!... ¡Cómo llueve!.
¡Si es un diluvio!... En mi vida
ví tal aguacero.... Qué,
si ya toda la campiña
está inundada.... ¿Qué veo?
Caminando á toda prisa
seis caballeros.... Ya llegan....
Voy.... voy.... ¡Currillo!... ¡Maria!
(*Vase corriendo.*)

ESCENA III.

DOÑA JESUSA, *sola.*

¡Cómo corre!—Ya han entrado.—
(*Volviendo á mirar por la ventana.*)
¿Quienes serán?... Gente rica
debe de ser por la traza.
Por fin, tendré compañia,
y charlaremos; que es mucho
fastidio estar detenida
aquí sin ver mas que mulas
y arrieros.... Y ¡qué comidas!
¡qué camas!... ¡Con un enjambre
de bichos que zumban, pican!...
¡Jesus! Dios me lleve pronto
á Madrid, y en mi casita....
Pero ya llegan.... El uno
es viejo.... y ¡qué mala pinta!
Pero el otro ¡qué galan!
¡qué rubio. ¡Dios le bendiga!

ESCENA IV.

EL REY, EL CONDE DUQUE DE OLIVARES. DOÑA JESUSA. EL POSADERO. MOZOS DE LA POSADA.

(*Salen el Rey y Olivares con grandes capas y sombreros. El posadero los precede muy solícito.*)

Posadero. Hidalgos entrad aquí.
Rey. Nunca ví tal chaparron.
Olivares. A no ser por nuestras capas....
Rey. Calado estoy, vive Dios.
Olivares. Y gracias que hemos hallado
al pasar este meson.
Posadero. No existe otro mas famoso
diez leguas en derredor,
Rey. ¿Cuánto estamos de Aranjuez?
Posadero. Unas dos leguas, y aun no.
Rey. Quitémonos estas capas.
Olivares. (*Dando la suya á doña Jesusa.*)
Buena muger, tomad.
Jesusa. ¿Yo?
Buscad un mozo que os sirva.
Olivares. ¿No sois de casa?
Jesusa. No soy.
Olivares. Pensé....
Posadero. (*Quitando las capas al conde y al rey.*)
Venga acá.... La vuestra.
Jesusa. ¡Vaya una equivocacion! (*Vase por el foro.*)
Posadero. (*Dando las capas á un criado.*)
Corre, y pónlas á secar.
Olivares. (*Mirando por la ventana.*)
Aun llueve á mas y mejor.
Rey. (*Acercándose y hablándole bajo.*)
¿Habeis dicho á nuestras gentes?....
Olivares. Que no descubran quien sois.
Posadero. ¿Vienen de lejos?
Rey. Del sitio.
Posadero. ¿Está el rey nuestro señor?
Rey. Sí, pero vuelve.
Posadero. ¿Le habeis

visto?

Olivares. Si.... Una vez ó dos.

Posadero. Es gran rey Felipe cuarto.

Olivares. ¡Oh! con vuestra aprobacion....

Posadero. ¿Son de allí?

Olivares. ¡Cuánta pregunta!

Posadero. ¿Apetecen algo?

Olivares. No.

Posadero. Pueden pedir cuanto gusten,
que de todo hay provision.

Olivares. ¡Qué machaca!

Rey. Hombre, la caza
me ha dado apetito.

Olivares. ¿A vos?

Rey. A mí, sí.... ¿Es algo estraño?

Olivares. No; pero en este figon....

Posadero. ¡Figon mi venta!

Rey. Yo como
donde tengo hambre.

Posadero. El señor
dice muy bien.

Olivares. Si gustais....

Rey. Vamos á ver; ¿qué hay, patron?

Posadero. Aunque fuerais vos el rey....

Rey. Figuraos que lo soy.

Olivares. ¿Si supiera que es verdad? (*Bajo al rey.*)

Rey. No me descubrais, chiton. (*Bajo.*)

Posadero. Pues ni al rey en su palacio
le pueden servir mejor.

Rey. Veamos.

Posadero. Hay un conejo....

Rey. No.... pasad ese renglon.

Posadero. ¿Por qué?

Rey. Tengo mis razones.

Posadero. Pues pichones con arroz.

Rey. Mejor será.

Posadero. Dos perdices;
y huevos y salpicon.

Rey. Sobra con eso.... Y buen vino.

Posadero. De lo puro.

Rey. Pronto.

Posadero. Voy.

(*Sale corriendo un mozo de la posada.*)

Mozo. Nuestro amo, otro caballero.

Posadero. ¿Sí?.... Que entre.

(*Sale don Fernando con Palencia.*)

A la par de Dios.
Descansad, hidalgo, aquí.
Currillo, sirve al señor. (*Vase.*)

ESCENA V.

EL REY. OLIVARES. DON FERNANDO. PALENCIA.

Fernando. (*A Palencia que se va luego.*)
Cuida el caballo, Palencia;
que saldremos á la tarde.
Señores, el cielo os guarde.
(*Al rey y Olivares.*)

Rey. Buen talle, buena presencia. (*Bajo.*)
Conde-duque, ¿qué os parece?

Olivares. Que es muy gallarda persona.

Rey. Su aire marcial aficiona.

Fernando. Dichas la suerte me ofrece,
hidalgos, en este dia,
puesto que alegrar intenta
las molestias de una venta
con tan grata compañia.

(*Salen el posadero y criados con una mesa y cubiertos, y la colocan en medio del teatro.*)

Rey. Las dichas nuestras serán;
que es bien que tales las nombre
quien conoce á un gentil-hombre
tan cortés y tan galan.

Fernando. Criado vuestro llamadme.

Rey. Amigo mas bien decid.—
Otro cubierto añadid, (*Al posadero.*)
patron.

Posadero. Bien.

Rey. Disimuladme
si con sobrada franqueza
os pido, aunque os molesteis,
que mi pobre mesa honreis.

Fernando. Agradezco una fineza

hecha con tal cortesía,
siendo deber aceptar;
que tal vez el rehusar
tuvierais por grosería.

Rey. No cabe en tan noble pecho.

Fernando. ¿Quién á serviros se niega?

Rey. De aquel que primero llega
solo usamos el derecho.

Fernando. Tal vez en otra ocasion
de este favor me desquite.

(*Se sientan los tres á la mesa: el rey enfrente, Olivares á su derecha y don Fernando á la izquierda en los lados. El posadero y mozos sirven.*)

Rey. La pobreza del convite
disculpareis; que un meson
ofrece escaso contento
al paladar delicado.

Fernando. El hambre, por de contado,
es el mejor condimento;
y esta nunca le faltó
al que viajando madruga.

Rey. Permitid que esta pechuga
os sirva.

Fernando. Dejad.... que yo....

Olivares. Muy buena está, vive Dios.
Solo una cosa me inquieta;
que, segun dice el poeta,
para dos perdices, dos;
y aquí son dos para tres.

Rey. Mal se reparte, en verdad;
mas súplalo la amistad.

Fernando. Si no fuera descortés,
hidalgos, os preguntara
á quien debo tanto honor.

Rey. (*Dirigiendo á Olivares una mirada de disimulo.*)
Felix de Montemayor
me llamo.

Olivares. Yo, Juan de Lara.

Rey. Tierras tenemos cercanas;
en una quinta vivimos;
y en la caza divertimos

el ocio de las mañanas.
¿Si quereis favorecer
nuestro hogar?....

Olivares. ¿Está en su juicio? (*Aparte.*)

Fernando. Fuera causarme perjuicio,
no me puedo detener.

Rey. ¿Vais á Madrid?

Fernando. De allí vengo;
mas de paso.

Olivares. ¿Tan de prisa
dejais la corte?

Fernando. Es precisa
obligacion. Deudas tengo
de amor que en Sevilla aguardan
el justo pago, y son celos
cuando enjendrando desvelos,
á satisfacerse tardan.

Rey. En tal caso á su deber
nunca falta un español.
Será vuestra dama un sol;
pues si ha de corresponder
á vuestro merecimiento....

Fernando. Ponderaciones de amantes
siempre son estravagantes:
es á mi ver un portento.

Olivares. Bien, por Dios; y lejos de ella
¿no habeis temido marchar?

Fernando. En su fé puedo fiar;
que es honrada cuanto bella.

Rey. Motivos de gran valor
para vuestra ausencia habria.

Fernando. No van siempre en compañia
la fortuna y el amor.
Hidalga sangre me abona,
pero solo en una espada
la riqueza está cifrada
de don Fernando Cardona.

Rey. No es poco tesoro, á fé,
cuando aprovechar se sabe.

Fernando. Aunque no es bien que me alabe,
algo manejarla sé:
de ello testimonios puede

dar el suelo catalan.

Rey. Do los Cardonas estan
á nadie su valor cede.
¿En Cataluña, decís,
el vuestro se ejercitó?

Fernando. Mas de una vez humilló
en ella á la flor de lis.

Rey. Recompensado vendreis
cual vuestro esfuerzo merece.

Fernando. Por allá, segun parece,
hidalgo, estado no habeis.

Rey. Pues qué, ¿no fuera razon?....

Fernando. Siempre en esta triste España,
uno ejecuta la hazaña,
y otro lleva el galardon.

Rey. El rey....

Fernando. ¡El rey! ¡Lindo empeño!
¿Sabe Felipe siquiera
si hay guerra ó no? ¡Bueno fuera!
¿Quién le saca de su sueño?
Siempre pensando en placeres,
poco de sus reinos cuida,
gastando una inútil vida
entre pompas y mugeres.

Olivares. No es caballero leal
quien de su rey habla así.

Fernando. Perdonad si me escedí:
tal vez en ello hice mal.

Rey. De un buen vasallo el blason
estriba en amar al rey.

Fernando. Eso sí: quererle es ley
grabada en mi corazon;
mas bien puedo conocer
sus defectos, en verdad,
y estar por él con lealtad
siempre pronto á perecer.

Olivares. No obstante, poco le ama
quien sus defectos pregona:
postrada ante su corona,
grande la Europa le llama.

Fernando. Mas un epígrama citan
que no redunda en su honor;

que, cual un hoyo, es mayor
cuanta mas tierra le quitan.

Rey. (*Levantándose con ira.*)
¡Vive Dios, que es desacato!

Fernando. Sosegaos, no hay por qué
sofocarse.

Rey. (*Aparte.*) Por mi fé,
que si prosigue, le mato. (*Vuélvese á sentar.*)

Olivares. Con respeto se ha de hablar
del rey en nuestra presencia.

Fernando. Pues bien, con vuestra licencia,
vamos por él á brindar.

Olivares. Eso sí.

Fernando. Llenad los vasos;
que por el rey, en verter
nuestra sangre, y en beber,
nunca hemos de ser escasos.

Olivares. Bien dicho.
(*Se alzan los tres y brindan.*)

Fernando. A que el mundo llene
con su poder y su gloria.

Olivares. A que en breve la victoria
sus enemigos enfrene. (*Siéntanse.*)

Rey. Enmendasteis vuestro error.

Fernando. Perdonad tal ligereza
á la militar franqueza.
Callar fuera lo mejor;
mas no puedo ver en paz
que un rey tan noble y tan bueno
se deje hundir en el cieno
por un favorito audaz.

Olivares. ¡Ya escampa!

Fernando. Gobierne él solo,
y glorioso reinará;
y su fama volará
entonces de polo á polo.
Pero con dos mil millares
de diablos, mande al infierno
al valido sempiterno
conde-duque de Olivares.

Olivares. ¿Qué osais decir?

Fernando. Ese sí

que es un solemne bribon.

Olivares. ¿Quién? ¿Yo?

Fernando. ¿Cómo vos?

Rey. -Chiton: (*Bajo.*)
ahora te toca á tí.

Olivares. Digo que yo no permito....

Fernando. Pues no hay que abogar por él:
á ese no le doy cuartel.
Conque así....

Rey. Seguid.

Olivares. ¡Maldito! (*Aparte.*)

Fernando. ¿Quereis le haga su sermon
de honras?

Rey. Sí.... sí.... concedido.

Olivares. Pero....

Rey. Será divertido.

Olivares. Pues me gusta la aprension! (*Aparte.*)

Fernando. ¡Mal año para el tal conde!
¡Cuál nos ha puesto la España!
Nunca ví peor cizaña.
¿De dónde vino, de dónde?
Sin duda que Satanás
por nuestro mal nos le trajo:
todos del Ebro hasta el Tajo
le maldicen á cual mas.
Por lucir coches y galas,
nos tiene el reino arruinado:
inventa el papel sellado,
y aumenta las alcabalas.
De riquezas no se sacia,
roba millon tras millon;
y nos pierde el Rosellon,
la Valtelina y la Alsacia.
Por él nos zurra el francés,
y el catalan se desmanda,
y Braganza cual rey manda
al rebelde portugués.
Por él nadie llega á ver
al rey, aunque el mundo se arda;
pues le vigila y le guarda
cual celoso á su muger.
Por él....

Olivares. ¿Cuándo acabareis?
Fernando. Son muy largas letanías:
si tengo para ocho dias.
Olivares. Es que ya....
Rey. No os enfadeis,
buen Juan de Lara; que el lance
tiene chiste.
Olivares. ¡Para vos!
Rey. Me hace reir, vive Dios:
siga el curioso romance.
Fernando. Si gustais....
Olivares. No, por piedad.
Rey. Ahora vendrá bien un trago.
Olivares. No.
Rey. Sí tal.
Olivares. Veneno trago. (*Aparte.*)
Rey. Yo os quiero servir.... tomad. (*Le echa vino.*)
Fernando. Brindemos otra vez.
Rey. Sí.
Fernando. Al conde.... Dios le confunda.
Rey. No ha llevado mala tunda. (*Aparte.*)
Olivares. Yo me vengaré de tí. (*Aparte.*)

ESCENA VI.

DICHOS. PALENCIA.

(*Sale apresurado Palencia y se dirige á su amo.*)

Palencia. Señor, señor.
Fernando. ¿Qué me quieres?
Palencia. Escuchad.
Fernando. ¿Importa?
Palencia. Importa.
Fernando. Con vuestra licencia, hidalgos.
Rey. La teneis.
(*Don Fernando se levanta y se aparta con Palencia á un lado.*)
Fernando. ¿Qué es ello?
Palencia. Cosa
que os va á sorprender.
Fernando. Dí pronto.

Palencia. Que Serafina en persona
está aqui.
Fernando. ¿Dónde?
Palencia. Aqui mismo.
Fernando. ¿En el meson?
Palencia. Sí, no es broma.
Entré ha poco en la cocina;
y, sepultada entre tocas,
vi á una vieja junto al fuego
charlando como cotorra.
Parécème conocerla,
me acerco, la miro... toma,
es ella misma.
Fernando. ¿Quién?... Di.
Palencia. La tia... no... mi señora
doña Jesusa la dueña,
con sus sesenta á la cola;
tan arrugada y tan...
Fernando. Bueno:
¿la has hablado?
Palencia. Sí... Una hora
me ha estado contando... qué,
no me acuerdo... mil tramoyas.
Fernando. En fin, ¿Serafina está
con ella?
Palencia. No; se halla sola
en su cuarto.
Fernando. Vamos... ¡Cielos!
¡Quién tal venida ocasiona! (*Vanse los dos.*)

ESCENA VII.

EL REY. OLIVARES.

(*Se levantan y quitan la mesa.*)

Rey. Se marchó sin decir nada.
Olivares. La del humo... ¡Asi le coja
un rayo!
Rey. No os enfadeis,
conde-duque, fue una broma.
Olivares. Harto pesada, y exige

venganza ejemplar y pronta.

Rey. No tal.

Olivares. Vuestra magestad
se pierde, si le perdona.

Rey. ¿Sabia con quién hablaba?

Olivares. Aprenda á sellar su boca.

Rey. ¡Tantos habrá que lo mismo
esten diciendo á estas horas!

Olivares. ¿Imaginais?...

Rey. Que los reyes
debieran hasta las chozas
bajar, sin ser conocidos;
y asi libres de lisonjas,
escucharian verdades
que al trono subir no logran.

Olivares. Es falsedad cuanto dijo.

Rey. ¡Pluguiera al cielo!

Olivares. De forma
que si creeis....

Rey. Yo bien sé
que creer algo me importa.
En fin, para otra ocasion
quédense tan enojosas
reflexiones.... La tormenta
se ha disipado: ya es hora
de que volvamos.

(*Se oye un preludio de guitarra en el cuarto de Serafina.*)

¿Qué es esto?
¿Ois?

Olivares. Sí... Por aqui tocan....
En aquel cuarto.

Rey. Callad.

Serafina. (*Canta dentro.*)
En vano el cielo quiso
de tí alejarme:
que grabada en el pecho
llevo tu imágen.
Y cada legua
que mas de mí te apartas,
mas honda queda.

Rey. ¡Oh qué linda voz!

Olivares. Preciosa.

Rey. (*Arrimándose á la puerta y mirando por el agujero de la llave.*)
Y es de una muger.—Mirad:
por aqui se ve.

Olivares. (*Mirando.*) Está sola.

Rey. ¿La cara?

Olivares. Está vuelta.

Rey. Oigamos.

Serafina. (*Canta.*)
Amor mi alma ha partido
en dos pedazos,
y el uno al ausentarte
te lo has llevado.
Y hasta que vuelvas
no gozaré, bien mio,
del alma entera.

Rey. ¡Qué acento!

Olivares. Mirad ¡qué hermosa!

Rey. A ver... ¡Cielos! ¡Es un angel!
¡Qué ojos! ¡qué rostro! ¡qué formas!
Y ¡que en un meson se encuentre
muger tan encantadora!

Olivares. ¿Con que nos vamos?

Rey. ¡Marcharnos!
¡Cuando hallamos una diosa!
¿Quién será?

Olivares. Tal vez nos diga
el posadero...

Rey. ¿Ese idiota?
¡qué ha de saber!... No.... mejor
será entrar... Sin ceremonia.—
Está cerrado.

Olivares. Llamad.

Rey. Teneis razon.... sí.... Señora?
(*Llama con la mano á la puerta.*)

ESCENA VIII.

DICHOS. SERAFINA.

Serafina. ¿Quién es?... ¡Cielos!

Rey. Perdonad,
señora, si descortés....
Serafina. Caballero, no os conozco.
Rey. Si disculpa alguna vez
merece un atrevimiento,
esta sin duda ha de ser;
pues ¿cuándo tal hermosura
vieron mis ojos sin él?
Serafina. ¿Cómo, caballero?... solo....
Rey. Por conoceros llamé.
Serafina. Y ¿habeis osado?...
Rey. Culpadme,
castigadme, si quereis.
Serafina. No haré sino retirarme.
Rey. Eso fuera ser cruel;
que despues de ver la aurora
en tinieblas quedaré.
Olivares. (En viendo un par de ojos negros
no se acuerda de que es rey.)
Serafina. Mi decoro no permite....
Rey. ¿En qué se puede ofender?
Serafina. Si sois noble y caballero,
estraño lo pregunteis.
Rey. La franqueza de un meson
no aprueba tal rigidez.
Serafina. Pues bien, con esa franqueza
os digo que adios quedeis.
Rey. Detente, muger hermosa,
no tan rigorosa estés;
que con dos ojos tan bellos
la crueldad no sienta bien.
Detente: mira que esta alma
que hoy queda presa en tu red,
sí te ausentas, pues la robas,
muerto me deja á tus pies.
Deja al menos que te siga,
y de tu beldad seré
girasol que vivifique
de tu labio el rosicler.
No encierres tantos enojos
en prisiones de clavel;
que si tu amor da la vida

asesina tu desden.

Serafina. Caballero cortesano,
todo lisonjas y miel,
¿de qué comedia sacado
esa relacion habeis?
Sin duda que allá en Madrid
al corral fuisteis ayer,
y me repetis ahora
lo que escuchásteis en él.
No soy tan boba, á fe mia,
que asi me deje prender,
ni crea lisonjas vanas
cual artículos de fé;
y aunque niña, bien conozco
que amor en posadas es
como quien se aloja en ellas:
entra, sale y á mas ver.

Olivares. La niña sabe esplicarse. (*Bajo al rey.*)

Rey. Discretísima es tambien.

Olivares. Podeis tocar retirada,
que ya no pica este pez.

Rey. ¿Quién sabe? No es tan esquiva,
y si insisto, podrá ser....
Faltan los grandes recursos.

Serafina. Caballeros....
(*Saludando en ademan de retirase.*)

Rey. Atended....

ESCENA IX.

DICHOS. DON FERNANDO. JESUSA.

Jesusa. (*A don Fernando.*)
Venid.... aquel es su cuarto....
Mas vedla.... alli la teneis.

Serafina. ¡Don Fernaudo!

Fernando. ¡Serafina!

Serafina. ¿Eres tú?

Fernando. ¿Tú aqui, mi bien?

Serafina. ¡Qué feliz casualidad!
¿Cómo pudiste saber?....

Fernando. Iba á Sevilla á buscarte,
y por la lluvia aqui entré.

Rey. ¡Calla!... ¿Es este el dulce objeto
de que hablado nos habeis?
Fernando. El mismo.... Ved cuan hermoso.
Rey. Eso ya yo lo observé. (*Aparte.*)
Fernando. ¿Qué feliz suerte la mia
de hallarla aqui!
Rey. Mucha.... pues.
Fernando. ¿No celebrais mi ventura?
Rey. Os damos el parabien.
Fernando. ¡Hermosa! (*A Serafina.*)
Serafina. ¡Dueño querido!
(*Don Fernando y Serafina se quedan hablando en voz baja; y tambien algo distantes el rey y Olivares.*
Rey. ¡Qué chasco, amigo! (*A Olivares.*)
Olivares. Y ¿qué hareis?
Rey. Tambien es casualidad....
¿Qué diablos hemos de hacer?
Olivares. Nada.... tomar el portante
desde aqui para Aranjuez.
Rey. Y la muchacha es alhaja.
Olivares. Y ¡tanto como lo es!
Rey. Sus ojos me han hechizado.
Olivares. Ella es bocado de rey.
Rey. Su voz tiene una dulzura
que conmueve.
Olivares. ¡Ya se ve!
Rey. Es fuerte chasco perderla.
Olivares. ¿Quién sabe?
Rey. ¡Cómo!
Olivares. Tal vez....
Rey. ¿Teneis alguna esperanza?
Olivares. No: mas suelen suceder
tales cosas....
Rey. Si pudiera....
Olivares. Torres mas fuertes se ven
venir al suelo.
Rey. Mas ¿cómo?
Olivares. Sois monarca, ella muger.
Rey. Diera por esta conquista....
Olivares. Dejadme á mí.... yo veré...
Rey. Pues queda á vuestro cuidado....
Olivares. Bueno.... Ahora es menester

irnos.

Rey. Llamad á mis gentes.

(*Vase Olivares y vuelve á poco con Andres de Leon y criados del rey.*)

Rey. Don Fernando, toda vez
que en tan buena compañia
os dejamos, nos dareis
vuestra venia.

Fernando. Perdonad
si por grosero pequé,
cuando....

Rey. A los fueros de amor
la amistad debe ceder.
Quedad con Dios.

Fernando. Él os guarde.

Rey. Señora, besoos los pies.

Serafina. Id con Dios, el caballero
de las palabras de miel.

Rey. El juicio llevo perdido: (*Aparte.*)
¡válgate Dios por muger!

Olivares. (*A Andres de Leon aparte y muy bajo.*)
Oid.... ¿Veis á aquella joven?

Leon. Sí, señor conde.

Olivares. Pues bien,
sin que lo note, quedaos
y seguidla hasta saber
donde va á parar.—¿Estais?

Leon. Descuidad: asi lo haré.

ESCENA X.

DOÑA SERAFINA. DON FERNANDO. DOÑA JESUSA.

Jesusa. ¡El bueno de don Fernando!
Ahi le teneis, tan buen mozo,
tan rozagante y....

Serafina. ¡Jesusa!

Jesusa. Bien, callaré.... y si os estorbo....

Serafina. No, quedaos.

Jesusa. Confesad,
señora mia, con todo,
que me debeis este encuentro;

porque á no estar....

Serafina. Lo conozco;
pero....

Jesusa. Vamos, regañadle;
ahora mismo diga como
hace ya mas de tres meses
que no os escribe. ¡Qué novio!
¡Tres meses sin dar razon!...

Serafina. Es cierto.... tal abandono....

Fernando. Mal herido, y prisionero,
en un negro calabozo
he pasado tristes dias
dirigiendo á Dios mis votos,
mas que por mi libertad,
porque enjugase tu lloro.
Logré, por fin, escaparme
con mil riesgos; y tan pronto
como llegué á Zaragoza,
aun antes que á mis negocios
atendiese, te escribí;
mas creyendo que era poco,
una licencia he pedido;
y ya corria afanoso
á Sevilla, cuando hallarte
impensadamente logro.

Jesusa. Pues ¿cuándo escribísteis que?...

Fernando. Habrá, si no me equivoco,
quince dias.

Jesusa. Que salimos
hoy mismo hace diez y ocho
de Sevilla; y no es estraño....

Serafina. ¡Cuánta lágrima y sollozo
me ha costado ¡ay Dios! tu ausencia!
Ya víctima de tu arrojo
te creia, y por tu muerte
vertia llanto abundoso;
ya llegaba á recelar,
y esto no me lo perdono,
que á nueva amante ofrecias
mi memoria por despojos.
Todo ya me daba enfado,
y me era el vivir odioso.

Tú solo....

Fernando. Mi bien, respira:
mírame lleno de gozo
á tu lado; y pronto espero
que con nudo venturoso....
Mas ¿por qué te encuentro aquí?
¿Qué estraño suceso?...

Serafina. Todo
te lo diré; pues conviene
que sepas....

Jesusa. (*Mirando por la puerta del foro.*)
¡Es ella!

Serafina. ¿Cómo?

Jesusa. Apostaria....

Serafina. ¿Qué es eso?

Jesusa. Por el aire la conozco,
á pesar del manto.

Serafina. ¿Quién?

Jesusa. Nuestra protectora.

Fernando. ¿Qué oigo? (*Aparte.*)

Serafina. ¿Será verdad?

Jesusa. Allí viene
con el posadero.

Serafina. (*Corriendo á la puerta.*) Corro....
¿Esa tapada?

Fernando. ¿Quién es?

Jesusa. Es.... yo no sé.... lo supongo.

ESCENA XI.

DICHOS. LA CONDESA DE OLIVARES. EL POSADERO.

Posadero. (*A la condesa señalando á Serafina.*)
Miradla allí.

Condesa. (*Destapándose.*) ¡Serafina!

Serafina. ¡Madre!... Perdonad si tomo
este nombre.

Condesa. Así me agrada,
y quiero no me des otro,
hija mia.—Caballero....
(*Saludando á don Fernando.*)

Fernando. ¡Señora!... (¿Qué raro embrollo?...) (*Aparte.*)

Condesa. No estrañeis que dos amigas....
Fernando. Si por ventura incomodo....
Condesa. No tal.... nos retiraremos
á otro cuarto.
Posadero. Uno hay famoso
aqui al lado, y si quereis....
Condesa. Bien está.
Fernando. De ningun modo
consentiré.... Retirarme
me corresponde á mí solo.
Serafina. ¿Os vais?
Fernando. Si no mandais algo....
Serafina. Que nos veremos supongo
luego.
Fernanda. Bien.... esperaré.
Condesa. Pues ¿qué importante negocio?...
Serafina. Señora....
Condesa. ¿Bajas la vista?
Creo leer en tu rostro....
Serafina. ¿Qué?
Condesa. Nada.—Marchad, hidalgo:
dejadme con ella un poco;
que nos veremos despues.
Fernando. En buen hora.—(No sé cómo (*Aparte.*)
haria para....)
Condesa. Acercad
sitiales.
Fernando. (Aqui me escondo.) (*Aparte.*)
(*El posadero y Jesusa acercan unas sillas, y mientras tanto don Fernando que se habrá acercado á la puerta del foro, como para retirarse, se esconde en un cuarto inmediato. La condesa hace una seña y aquellos dos se marchan.*)

ESCENA XII.

LA CONDESA. DOÑA SERAFINA; *luego* DON FERNANDO.

Cond. Siéntate, Serafina.... Aquí.... mas cerca.
¿Qué tienes?... ¿Qué temblor?... Algo te turba.
Seraf. ¿A mí, señora?
Cond. Sí.... ¿Sientes acaso

verme?

Seraf. ¡Yo!... ¿Qué decís?... ¡Ah! que tal duda....

Cond. Ya comprendo.... Ese joven.... ¿Te sonrojas?

Seraf. ¿Pensais?...

Cond. Creí notar.... A mi ternura
no ocultes nada, no.... ¿Le amas?

Seraf. Señora...

Cond. ¿Temes hallar en mí muger adusta
que un tierno afecto cual delito mire?
No, que inocente amor nunca fue culpa.

Seraf. ¡Oh qué bondad!.. Pues bien... le amo... sus prendas
es cierto, han hecho aquí llaga profunda.

Cond. ¿Dónde le has conocido?

Seraf. Allá en Sevilla.

Cond. Bien.... tu amor no me enoja; pero escucha.
Si una persona que, cual tierna madre,
á tu suerte atendió desde la cuna,
te llegara á decir: Hija querida,
en tí mis dichas y mi honor se fundan:
ese amor que alimentas las destruye;
pues bien, por ella á tu pasion renuncia.
¿Qué harias, dí?

Seraf. Matadme, le dijera;
mas tal mandato no penseis que cumpla.

Cond. Hija.... pues es preciso.

Seraf. Y vos, señora,
¿lo podeis exigir?

Cond. De mi ternura
el solo premio es este....

Seraf. ¡Premio horrible!

Cond. Y ¿así pagar tu ingratitud rehusa?...
(*Se levantan.*)

Seraf. Cobrad vuestros favores con mi vida;
pero no los cobreis con mi ventura.
¿Qué pretendeis de mí?... ¿Quereis acaso
de otro amor sujetarme á la coyunda?...

Cond. No; que es vano pensar en tu himeneo;
pues vedadas te estan ¡ay! sus dulzuras.

Seraf. ¿Qué decís?

Cond. Himeneo, amor, son nombres
que olvidar te prescribe suerte injusta.
No existe para tí mas que un esposo.

Seraf. ¿Quién es?
Cond. Dios.
Seraf. ¡Ah! Jamás.... Antes la tumba.
Cond. ¿Eso á decir te atreves?
Seraf. Vuestro afecto
¿en un oscuro claustro me sepulta?
Cond. Un destino fatal así lo manda:
yo siento á par contigo tu amargura;
pero es forzoso.... ven.... De aquí no lejos
existe un santo asilo donde....
Seraf. Nunca.
¿Para esto me llamais, y con engaño
me alejais de las márgenes fecundas
que me vieron nacer?... ¿Con qué derecho?
¿Quién sois para imponerme tal clausura?
Bienes mil, bien lo sé, desde la infancia
vertísteis sobre mí... Sin vuestra ayuda,
de la miseria ¡ay triste! horrible presa,
acaso en breve á su rigor sucumba....
Mi bienhechora sois.... Cual tierna madre,
respeto, ardiente amor mi alma os tributa....
Mas con la gratitud dadme, señora,
que abnegacion tan ciega no confunda.
Para tal sacrificio, lo repito,
derecho no teneis.
Cond. ¿Así te ofuscas?
Y ¿tanto puede tu pasion que olvidas,
ingrata, tu deber?... ¿Quién soy preguntas?
Pues ¿no lo has conocido?... Tu alma ¡o cielos!
nada te ha dicho ya.... ¡nada!... que aun dudas
de quien yo puedo ser?... Este cariño,
estos tiernos cuidados que acumula
mi amor sobre tu frente, y este llanto
que hora mi rostro á mi pesar inunda,
¿no te dicen quien soy? ¿No has conocido
que te abraza una madre.... y que es la tuya?
Seraf. ¡Mi madre vos!
Cond. Lo soy.... ¿Puedes dudarlo?
¿Por qué en tus manos el semblante ocultas?
¿Te avergüenzas de mí?
Seraf. De mí tan solo
me avergüenzo.... Perdon.

Cond. ¿De qué te acusas?
Seraf. ¿Yo?... de mi ingratitud.
Cond. Ven á mis brazos,
y da al olvido en ellos tus injurias.
Seraf. ¡Ah!... sí. (*Se abrazan.*)
Cond. Ven, hija mia, ven.... ¡Cuán grato
es estrecharte aquí!... ¡Con qué dulzura,
contra mi pecho maternal, el tuyo
siento latir tambien!... ¡Ah! ¡cuánto abruma
un secreto fatal cuando impaciente
de un débil pecho por salirse pugna!
Paréceme que libre de una losa
está mi corazon.... que me circunda
otro ambiente mas puro.... ¡Hija del alma!
¡Al fin te llamo así!... Mortal angustia
era verte, abrazarte, y este nombre
nunca poderte dar.
Seraf. ¡Madre!
Cond. Sí.... muchas,
muchas veces así quiero me llames.
Seraf. ¡Madre! ¡madre!
Cond. ¡Hija mia! ¡Qué ventura
de tus labios oir nombre tan dulce!
Seraf. Y ¿quereis que esta dicha se concluya?
¡Alejarme quereis!
Cond. ¡Ah! me estremece;
pero ahora lo debo mas que nunca.
Seraf. ¿Por qué?
Cond. Porque es un crimen en mis labios
este nombre de madre; porque anuncia
vergüenza, maldicion; porque en mi frente
imprime el sello de muger impura;
porque tengo un esposo, y este esposo
no te puede llamar ¡ay! hija suya.
Seraf. ¡Oh Dios!
Cond. ¿Comprendes mi dolor?... ¿Comprendes
mi triste situacion?... Tú misma ocultas
la frente de vergüenza.... ¿Qué hará el vulgo,
si ya una hija sin honor me juzga?
Seraf. ¿Yo?... ¿Lo podeis creer?
Cond. Y sin embargo,
mi conciencia sin mancha no me acusa.

Seraf. Jamás lo dudaré.
Cond. Si por lo menos,
la suerte mia fuese humilde, oscura,
ignorada tambien corriera entonces
la infamia cuyo aspecto hora me asusta;
pero Dios me elevó donde mas grandes
un infausto esplendor hace las culpas.
Seraf. Nunca supe quien sois: este secreto
¿será que un velo impenetrable cubra?
¡Ah! conozca yo al fin, pues sois mi madre,
cual es la mano que meció mi cuna.
Cond. ¿Sin duda oiste hablar de ese valido
que tan alto el favor del rey encumbra,
y rige el cetro de este inmenso estado
con mano firme y con prudencia suma?
Seraf. ¿El conde-duque?
Cond. El mismo.... Ese es mi esposo.
Seraf. ¡Vos la condesa de Olivares!
Cond. Juzga
si le debo á mi honor justos cuidados.
Emulos ambiciosos nos circundan
que contino acechando nuestros yerros,
los publican do quier y los abultan.
Si á penetrar llegasen.... si mi esposo....
¡Ay, esta sola idea me conturba,
me estremece!... Hija mia, tú me puedes
salvar.
Seraf. Y os salvaré.... Solo me impulsa
vuestro amor, vuestra fama.... todo, todo,
lo olvido ya por vos.... Mi afecto os jura
sumisa obedecer.—Pero, señora,
¿es acaso forzoso que se cumpla,
tan triste sacrificio?... ¿Podrá solo
vuestra fama salvar mi desventura?
¡Ah! Si este llanto conmoveros logra,
si algo merece mi obediencia suma,
permitid que en el ara sacrosanta
premien los cielos mi pasion tan pura,
y en tierra estraña con mi esposo luego
quede por siempre mi existencia oculta.
Sí.... lejos de estos sitios.... de los mares
mas allá, si quereis.... con rauda fuga

vereisnos alejar.... y á par conmigo
vuestro secreto se hundirá en la tumba.

Cond. Pues bien.... si lo prometes.... lo consiento:
tu llanto me desarma y tu dulzura.
Sé feliz.... sé su esposa.

(*Don Fernando sale de repente del sitio en que se habia escondido.*)

Fern. ¿Es cierto?... ¡Oh dicha!

Seraf. ¡Fernando!

Cond. ¡Caballero!

Fern. ¡Tal fortuna
alcanzo en este dia!

Cond. ¿Habeis osado
escuchar?...

Fern. El amor es mi disculpa.
Y á vuestros pies....

Cond. Alzad.... Tal imprudencia
merece.... Pero no.... la dicha suya
mi solo objeto es ya.... Ven, Serafina....
Don Fernando, venid.... Dulce coyunda
vuestra suerte unirá.... Yo misma, en breve
seré quien á las aras os conduzca.
Mas antes estos brazos....

Seraf. ¡Madre mia!

Fern. ¡Señora!

(*Se abrazan los tres; pero al punto la condesa, como asustada, se desprende de sus brazos.*)

Cond. ¡Justo Dios!... Si nos escuchan....

Fern. No.... nadie.... no temais.

Cond. De aquí salgamos.

(*Hacen ademan de irse: la condesa los detiene, los ase por la mano, y arrimándolos á ella, les dice en voz baja.*)

Oid.... ¿Nunca direis á nadie?

Fern. y Seraf. Nunca.

Acto segundo.

Salon del palacio de Madrid.

ESCENA PRIMERA.

OLIVARES. ANDRES DE LEON.

Olivares. ¿Traeis, Leon, buenas nuevas?
Leon. Señor, y malas tambien.
Olivares. Decid las buenas primero:
las malas para despues.
Leon. Las segundas, sin embargo....
Olivares. Sé ya las que podrán ser.
Vais á decir que peligra
mi privanza con el rey;
que los grandes me aborrecen,
ni me quiere el pueblo bien;
que la reina con empeño
combate mi alto poder,
y de Austria el embajador
igualmente me es infiel.
Sé que de Ocaña ha venido,
fingiendo hambre y desnudez,
esa duquesa de Mantua
para acusarme; y aun sé
que doña Ana, la nodriza,
confúndala Dios, amen,
pidiendo se me destierre,
del rey se ha echado á los pies.
Ya lo veis, que nada ignoro.
Leon. Y ¿con esa impavidez

lo decís?.... Y ¿no temblais?

Olivares. Recelo, y no poco, á fe;
y no estoy tan sosegado
como aparentar me veis.

Leon. En tan deshecha borrasca
¿cómo os podreis sostener?

Olivares. Una tabla en el naufragio
he encontrado ya.

Leon. ¿Cuál es?

Olivares. Esa joven.

Leon. ¿Serafina?

Olivares. La misma.

Leon. Permitireis
que estrañe....

Olivares. Debil recurso
os parecerá tal vez:
con todo, sé que nos puede
en esta ocasion valer.

Leon. No alcanzo....

Olivares. Mas avisado
os creí, maese Andres.
Vos que sois todo un doctor,
y físico; que sabeis
tantas ciencias, y de hechizos
se os alcanza algo tambien:
vos educado entre frailes
que os llegaron á espeler,
siendo por el santo oficio
penitenciado despues;
¿ignorais lo que hacer pueden
en rostro de blanca tez
dos ojos como dos soles
y unos labios de clavel?

Leon. Sé que amor logra portentos:
mas ¿qué tiene eso que ver?.....

Olivares. Veo que la condicion
del monarca no entendeis.
En apuros semejantes
me he visto mas de una vez,
y ya conozco el remedio
que al mal se debe poner.
¡Quieren que el cuarto Felipe

brille solo en su dosel,
y solo maneje el cetro
que no puede sostener!
¡Necedad! Otro al instante
el dueño se hiciera de él;
y si ha de ir á otras manos,
en las mias está bien.
Estos negocios molestos
con su inmensa pesadez
abruman al que es tan solo
nacido para el placer.
Fiestas y amores desea,
y siempre será de aquel
que adulando su pasion,
fiestas y amores le dé.
Mas precia en lides de amor
que en las de Marte un laurel,
y pierde sin pena un reino,
si conquista á una muger.
Esto supuesto, me rio
de que conspirando esten
en mi daño, reina, grandes,
la corte entera: sabré
con solo esa Serafina
mi crédito sostener.
Perdido por ella está
desde que la ha visto el rey:
de ella me habla á todas horas;
y si le envuelvo en su red,
ya asegurado le tengo
postrándose ante mis pies
mis émulos.... Mas decid:
¿La habeis visto?

Leon. Ejecuté
vuestras órdenes. Quedéme
en el meson; mas saber
nada pude. A poco rato
vino una dama: su tren
manifestaba opulencia;
pero verla no logré,
que un largo y tupido manto
la impedia conocer.

A Serafina llevóse,
y á nuestro galan tambien.

Olivares. ¿Aquel don Fernando?

Leon. Sí.

Olivares. Malo: podrá entorpecer....

Leon. Seguí á lo lejos.... Llegaron
á Madrid, calle del Pez.
Dejola la dama allí....

Olivares. ¿Y el otro?

Leon. Tambien se fué.
Puse, pues, mis baterías;
y habrá dos dias ó tres
que he logrado hacerme amigo
de la dueña.

Olivares. Bien, muy bien.

Leon. ¡Qué dueña! Para tercera
Dios la ha querido escojer.
Curiosa y entremetida
habla sola mas que seis:
con pretensiones de moza
en su arrugada vejez,
se le chispean los ojos
y toda se hace una miel,
cuando á vueltas de un doblon,
con muestras de no querer,
le encargan que dé un recado
ó que deslice un papel.

Olivares. ¡Famoso hallazgo!

Leon. Por ella
he conseguido saber
que Serafina se casa.

Olivares. ¿Con el don Fernando?

Leon. Pues.

Olivares. ¡Maldita boda!.... Con todo,
antes quizá lograré....
Pero conviene andar listos:
no hay tiempo, no, que perder.
Ved otra vez á esa dueña,
cuanto querais ofreced....
En fin, nada necesito
deciros.... Vos ya sabeis
mi intencion... Como se logre,

cualquier medio aprobaré.
Marchad.... Mirad que igualmente
va en este vuestro interés.
Tras mi caida, la vuestra.

Leon. Mi celo conocereis. (*Vase.*)

ESCENA II.

OLIVARES, *solo.*

Buen rey, ¿quereisme escapar?
¡Vive Dios, poco podré,
ó no es este todavia
tiempo de que lo logreis!
Pero él llega.... Pensativo
está.... Será menester....

ESCENA III.

EL REY. OLIVARES.

Rey. (*Sale pensativo y sin reparar en el conde-duque.*
Mucho me piden.... á tanto
no es facil que me resuelva.
Es desgraciado, lo veo....
Su privanza me acarrea
males sin cuento, es verdad....
Pero es fiel, y mal se premian
tantos servicios.... Jamas
tendré valor.... Si él quisiera....

Olivares. Señor....

Rey. ¿Quién está?.... ¿Sois vos,
conde?

Olivares. Tal vez mi presencia
os molesta....

Rey. No.

Olivares. Parece
que algun disgusto os inquieta.

Rey. Alguno.... sí.... Considero
que mi hijo el príncipe llega
á edad en que ya conviene

ostente mayor grandeza.
He pensado, por lo tanto,
ponerle casa; la reina
lo exige, y nuestro decoro....

Olivares. Quince años tiene su alteza,
y es justo....

Rey. Decid: ¿qué cuarto
habrá en palacio que pueda
convenirle?

Olivares. Yo no encuentro
ninguno, como no sea
el del cardenal infante.

Rey. Pues, conde-duque, ¿no fuera
mejor el vuestro? En él siempre
el hijo del rey se hospeda:
mi padre y yo, siendo príncipes,
le tuvimos.

Olivares. (*Turbado.*) Bien.... si vuestra
magestad quiere....

Rey. Lo quiero.

Olivares. Pronta será mi obediencia.
(*Aparte.* ¿Qué es esto, cielos?.... Será
que ya mi desdicha empieza?)

Rey. (*Aparte.* Esto basta por ahora:
así puede que comprenda....)
Demos vado á los negocios: (*Alto.*)
ya es hora de la academia.
Mirad, conde, si estan ya
nuestros ilustres poetas.

(*El conde-duque da un aviso, y salen Calderon, Quevedo &c.*)

ESCENA IV.

EL REY. OLIVARES. CALDERON. QUEVEDO. *Varios poetas de la época.*

(*El rey se sienta en un sillon que estará puesto al lado de una mesa en la cual habrá luces. El conde-duque se coloca en pie á su lado, y los demas personages en frente.*

Rey. Insignes vates, salud:
gloria del suelo español.
Calderon. Pierde, señor, ante el sol
cualquier astro su virtud;
y así por mas que cursemos
del Parnaso la alta cumbre,
de vuestro ingenio á la lumbre
es fuerza nos eclipsemos.
Quevedo. (*Aparte.* Mientes, bellaco, lo niego;
que aunque la musa le sopla,
bien puede hacer una copla;
mas siempre es copla de ciego.)
Rey. Solo honor pretendo dar
á las musas con mi ejemplo;
pero de la fama al templo
no es mio poder llegar.
Calderon. Poco la fama os inquieta
que de las musas proviene:
quien tantas coronas tiene
desprecia la de poeta;
que á quererla, su laurel
os cediera el mismo Apolo.
Rey. Por concederlo á vos sólo
se ha quedado ya sin él.
Calderon. A tanto aspirar no puedo.
Quevedo. Cada cual, si no os enoja,
de él tiene tambien su hoja.
Rey. ¡O don Francisco Quevedo!
¿ya nos volvemos á ver?
Y ¿qué tal habeis venido?
Quevedo. De san Marcos he traido

un humor de Lucifer.

Rey. Las gracias vendreisme á dar
de que os saqué de prision.

Quevedo. Las diera con mas razon
de no haberme hecho encerrar.

Olivares. Nunca mojarais con hiel
vuestra pluma en cierto escrito.

Quevedo. Con este genio maldito
no puedo: soy pintor fiel.

Rey. ¿Se ensayan ya, Calderon,
las comedias del Retiro?

Calderon. De vivir casi me admiro:
cara me está la funcion.

Rey. ¿Cómo, pues?

Calderon. Cierta pendencia
con los comediantes tuve:
á cuchilladas anduve
por castigar su insolencia,
y una herida en esta mano
recibí.

Rey. ¿De gravedad?

Calderon. Poca cosa.... Ello es verdad
que no la hicieron en vano.
Rodando fué una gran pieza
cierto galan de la dama,
y Velasco se halla en cama
de un mandoble en la cabeza.

Rey. ¿Morirá?

Calderon. No: todo el mal
en dos dias se remedia:
no faltará la comedia.

Rey. Ese ardimiento marcial
guardadlo, buen Calderon,
para mi servicio.

Calderon. En él
ya cogí mas de un laurel.

Rey. Lo sé.... Pero en conclusion
¿será la funcion famosa?

Calderon. Otra igual no hubo en España
por lo brillante y estraña.
En combinacion vistosa,
arcos mil, con flores varias,

del estanque en derredor
ostentarán el primor
de esplendentes luminarias.
Sobre el líquido elemento
de aquella naumáquia inmensa,
Cosme Letti elevar piensa
de su arte un nuevo portento;
que á su ingenio no es bastante
tramoyas bellas crear,
aun nos pretende asombrar
con un teatro flotante,
do entre las ondas movibles,
y auras y estrellas y encantos,
resuenen los dulces cantos
de las musas apacibles;
y en primorosas barquillas
la alegre costa bogando,
se estasiará contemplando
tan no vistas maravillas.

Olivares. No ha de haber debajo el sol
monarca mas festejado.

Quevedo. Ni pueblo mas estrujado (*Aparte.*)
que el triste pueblo español.

Rey. Grande placer nos darán
espectáculos tan bellos.

Quevedo. Y mientras se rien ellos, (*Aparte.*)
¡cuántos llorando estarán!

Rey. ¿Nos traeis algunos versos
que alegren estos instantes?

Calderon. Aunque unos tengo flamantes,
no los leo por perversos.

Rey. Eso en vos es mala escusa.
¿Mas Quevedo?....

Quevedo. ¡Versos yo!
Perdonad: se me secó
en el convento la musa.

Rey. ¿Qué haremos? ¡Feliz idea!
Asi declarar intento (*Aparte.*)
al conde mi pensamiento,
aunque rebozado sea.
Una comedia, señores, (*Alto levantándose.*)
propongo que improvisemos;

en ella á un tiempo seremos
todos poetas y actores.

Calderon. ¡Pensamiento peregrino!

Rey. Conde-duque, qué os parece?

Olivares. Que mi aprobacion merece:
será alegre desatino.

Rey. Tambien un papel tendreis.

Olivares. ¿Yo, señor?.... ¿estais en vos?
Disimuladme, por Dios.

Rey. ¿Acaso versos no haceis?

Olivares. A veces, y muy despacio;
y con todo, os causan risa.
¿Qué serán hechos de prisa?
Vaya, la funcion desgracio.

Rey. No importa.... Solís, Guevara,
Rojas, vosotros tambien.

Olivares. Hasta Quevedo.

Quevedo. Muy bien.
Tal vez te salga á la cara. (*Aparte.*)

Calderon. Primero es ver qué argumento.

Rey. Eso á mí me corresponde.
Oid.... Acercaos.... Conde,
escuchad.

Quevedo. Y va de cuento.

(*Forman todos corro al rededor del rey.*)

Rey. Será en Polonia la escena,
y Segismundo su rey,
reinando segun la ley,
do quier su alabanza suena.

Todos. Bien.

Rey. Mas un infiel privado....

Olivares. ¿Cómo?

Quevedo. (*Con socarroneria.*) Un privado.

Olivares. Ya.... si.

Rey. Un tal Boleslao.... asi
le llamaremos.... se ha alzado
con el mando.... ¿Comprendeis?

Calderon. Sí señor.

Quevedo. Como en España. (*Bajo á Calderon.*)

Calderon. Callad. (*Bajo.*)

Rey. Al fin, que le engaña
conoce el rey.

Olivares. (*Sobresaltado.*) ¿ Lo creereis?
Rey. No.... si esto sucede allá.
Olivares. ¡Ah!
Quevedo. La indirecta me place. (*Bajo á Calderon.*)
Calderon. Callad, por Dios. (*Bajo.*)
Quevedo. No le hace. (*Id.*)
Rey. Enojado el rey está;
y á Oton.... que este podrá ser
el galan.... le da el encargo
de que le diga....
Quevedo. Que largo,
y no vuelva á parecer.
¿No es esto?
Rey. Bien.... si os agrada,
eso dirá.
Olivares. ¡Santos cielos! (*Aparte.*)
Rey. Lleno de rabia y de celos
saca el privado la espada,
y á Oton intenta matar;
mas sale el rey con enojo,
y por castigar su arrojo....
Quevedo. Le hace al punto degollar.
Olivares. ¿Osais?... (*A Quevedo.*)
Rey. Quevedo, no tal:
pronto acabais la comedia.
Calderon. Apenas hay para media
jornada.
Quevedo. Es muy buen final.
Rey. No: le encierra en una torre:
huye luego y se rebela;
y aunque al moscovita apela,
Oton á su rey socorre,
da la batalla, le prende;
y entonces conforme quedo
con el final de Quevedo.
Quevedo. ¿Lo del degüello?
Rey. Se entiende.
Quevedo. Ya sabia yo que en eso
habia al fin de parar.
Calderon. Y amores ¿han de faltar?
¿No ha de haber dama?
Quevedo. ¡Camueso!

¿Quién ha de hacer esa dama?
¿Yo acaso con este gesto?

Calderon. Eso lo arreglamos presto.
Supongamos que Oton ama;
que es su rival el privado....

Rey. Y la dama?

Calderon. ¿Qué mas dá?
El menos feo la hará.
Solís.

Rey. Pues bien.... aprobado.
El rey lo puedo hacer yo.

Calderon. Por derecho os corresponde.

Rey. Y el privado.... ¿quién?.... el conde.

Olivares. ¿Yo, señor?

Rey. Y ¿por qué no?

Olivares. Yo os he dicho....

Rey. No hay escusa.

Olivares. Bueno.... Mi desdicha es cierta (*Aparte.*)
si mi prudencia no acierta
á enmendarla.

Quevedo. Ya le acusa (*Bajo á Calderon.*)
la conciencia.

Rey. Hará el galan
Calderon.

Quevedo. Y ¿no hay gracioso?

Rey. Ese le hareis vos.

Quevedo. ¡Famoso!

Rey. Ya los papeles estan
repartidos. Empezemos.

Calderon. ¿Quién sale?

Rey. ¿Eso preguntais?
Siempre que vos empezais
al gracioso y galan vemos.

Calderon. Pues conviértome en Oton.

Quevedo. Y ¿el nombre de mi papel?
¿Soy Mosquito ó Moscatel?

Rey. Mosquito.

Quevedo. Pico.... y ¡chiton!

(*Se sientan el rey y los demas formando un círculo dentro del cual quedan Calderon y Quevedo que se ponen á representar con alguna afectacion.*)

Quevedo. Dime tu pena, señor,

que á dar remedio me obligo.

Calderon. No me preguntes, amigo,
la causa de mi dolor.

Quevedo. O mi malicia me engaña,
ó lo que será recelo.
¿Picaste ya en el anzuelo?
¿tenemos dama en campaña?

Calderon. Desdichas tenemos solo
que conmigo han de acabar.
Sí, de amor en el altar
mi lealtad acrisolo.
Finezas debo á mi dama
que á los cielos me subliman,
mas ¿cuándo no desaniman
los celos al que bien ama?
Celos tengo, y claro está
que esta pasion homicida,
si al amor le da mas vida,
á mí muerte me dará.

Quevedo. De oirte me despepito;
si te ha picado el amor,
hoy sanarán tu dolor
picaduras de un Mosquito;
que un clavo saca otro clavo,
y si sigues mi consejo,
sin celos ni amor te dejo,
pues de mata-amor me alabo.

Calderon. Quita los celos, mas no
el amor que es pasion noble.

Quevedo. Fuera ese milagro doble;
y á tanto no alcanzo yo.
Si sanarte por entero
pretendes, deben salir
los dos; pues siempre ha de ir
la soga tras el caldero.
Mas tú no has de renunciar
á tus amantes desvelos,
ni amor renuncia á sus celos:
con que dejarlo y andar;
y pues hoy quiso tu estrella,
si no lo he entendido mal,
que tengas dama y rival,

dí quien es él y quién ella.

Calderon. Tu ingenio tal vez alcance
para este enredo salida.
Escucha, pues, por tu vida.

Quevedo. Oigo; y vaya de romance.

Calderon. Ya sabes que en Viena, corte
del sacro romano imperio,
vi la luz, y me honra sangre
de los Césares escelsos;
pues son los nobles Otones,
raza invicta, mis abuelos;
y en fé de que en mí reviven,
Oton me llamo como ellos.
Desdichas de mi familia
que por prolijas no cuento,
me arrojaron, nuevo Eneas,
del dulce nativo suelo,
y á esta corte me acogí
donde Segismundo el bueno
de los Titos y Antoninos
eclipsa los nombres bellos,
dando modelo á los reyes
con sus generosos hechos.
De sus tropas contra el turco
confióme el mando supremo
y dí victoria á sus armas
en repetidos encuentros;
mas si en el campo ganaba
de Marte nobles trofeos,
aqui me hacian esclavo
las leyes de un niño ciego;
bien que empresa mas que humana
fuera no entregar el pecho
á Elena, á cuyo hermosura
rinden tributo los cielos.
Elena, de Segismundo
hija amada, y de sus reinos
heredera, á cuya vista
huye avergonzada Venus.
Esta, pues, muger hermosa,
este, pues, raro portento,
es quien cuerdo me trae loco,

y por quien viviendo muero;
y aunque de ocultos favores
la insignia dicha le debo,
el saber cuan poco valgo
trueca en pesar mi contento,
que una cosa es conseguirlos,
y otra cosa merecerlos.
Con todo, yo los gozara
mas dulces por ser secretos,
á no turbar nuestras dichas
impensado contratiempo.
Atrevido y descortés,
y mas que atrevido, necio,
hay un hombre poderoso
que da materia á mis celos.
Este tal es Boleslao,
aquel ministro soberbio....

Quevedo. ¡Boleslao!... Disimula
si proseguir no te dejo;
que aunque es costumbre en comedias
que el romance todo entero
diga el galan, trastornar
la antigua costumbre quiero.
Digamos cuatro verdades (*Aparte.*)
al conde, aqui que no peco.
¿Es el perverso privado (*Alto.*)
que trae sorbido el seso
al pobre rey Segismundo
causando sus desaciertos?
Mal vasallo, peor ministro,
ladron, tirano, avariento,
engaña á su soberano,
y chupa la sangre al pueblo.
Mala centella le coja
al perro conde.

Calderon. ¡Quevedo!

Quevedo. Por allá tambien hay condes;
y yo mis noticias tengo
de que tambien Boleslao
fue conde, y no de los buenos.

Calderon. Pero....

Quevedo. Y se quejaban todos,

y era bellaco, soberbio....

Calderon. ¡Por Dios!...

Quevedo. Y tambien mandaba
poetas á los conventos.

Olivares. Pero, señor.... (*Al rey.*)

Rey. Basta ya:
á nueva escena pasemos.

Quevedo. Pues punto en boca. (*Aparte.*) No tiene
mala píldora en el cuerpo.

Rey. Ahora salgo, y si no yerro,
en razonamiento breve
á Oton mandaré que lleve
la orden de su destierro
á Boleslao: despues
vos, conde, podreis salir.

Olivares. Mas, señor, ¿á qué insistir?...
Si lo haré todo al reves.

Rey. Por Dios, que estais pertinaz.

Olivares. No encontraré el consonante.

Calderon. Id sin reparo adelante.

Olivares. Si no me siento capaz....

Quevedo. Tiene muy duro el testuz. (*Aparte.*)

Olivares. Negóme Apolo su ciencia.

Quevedo. Yo le apuntaré á vuecencia.

Olivares. ¿Vos?

Quevedo. Sí.... (*Aparte.*) Con un arcabuz.

Olivares. En fin, señor, la ocasion,
perdonad, no es oportuna....
Hay ciertas noticias.... y una
tan grave....

Quevedo. Algun mentiron. (*Bajo á Calderon.*)

Rey. ¿Por qué no me la habeis dado?

Olivares. Por no afligiros el alma.
Gozad vos de dulce calma,
y á mí dejadme el cuidado.

Rey. Si á mis reinos interesa,
el cuidado ha de ser mio.

Olivares. Es que deshacer confio....
y no corria tal priesa....
Bastaba que yo.... Por esto
tengo la cabeza asi....
Pero no quede por mí:

marcharéme si os molesto.

Rey. No.... Basta ya.... Se hace tarde,
y dejémoslo por hoy.
Señores, gracias os doy.
Despejad.

Calderon. El cielo os guarde.
(*Vanse todos los poetas.*)

ESCENA V.

EL REY. OLIVARES.

(*El rey se sienta algo pensativo.*)

Olivares. Corrido estoy, vive Dios. (*Aparte.*)

Rey. No me salió mal la traza: (*Id.*)
ha comprendido....

Olivares. ¿Qué haré?
¿Como parar tal desgracia? (*Aparte.*)

Rey. Sin embargo, siento ya.... (*Id.*)
Ha sido burla pesada.

Olivares. No desmayes, corazon; (*Id.*)
el disimulo me valga.

Rey. ¿Y bien, conde?

Olivares. ¿Qué mandais?

Rey. ¿Esas noticias?...

Olivares. No hay nada:
fue tan solo por decir.

Rey. ¿Pues cómo?...

Olivares. Se me apuraba,
y me ocurrió.... ¡Tal empeño
en que tambien versos haga!

Rey. Inocente diversion.

Olivares. Yo, señor, ya peino canas;
y las musas piden mozos
como los piden las damas.

Rey. Pues yo sé, buen conde-duque,
si es que no miente la fama,
que si esquivais las primeras,
las segundas no os espantan;
y si temeis con las unas

las arrugas de la cara,
aun conservais con las otras
pretensiones temerarias.

Olivares. Flaqueza humana, señor:
mucho duran malas mañas.
Demas que, bien lo sabeis,
privilegio es de la plata
agradar aun en cabellos;
y amor, por leyes estrañas,
mira cual edad florida
vejez que está bien dorada.

Rey. A fe que teneis razon:
las musas son mas urañas.

Olivares. (*Acercándose y apoyando la mano en la silla del rey.*)
Y luego, como mi pecho
por imitaros se afana....
Vos, señor.... no os enojeis,
si mi lengua es harto franca...
cursais con igual fortuna,
si es que no miente la fama,
los dulces templos de Venus,
de Apolo las doctas aulas.
Yo, pobre de mí, igualaros
en un todo deseara;
pero solo á la mitad
mi escaso mérito alcanza:
que, al fin, debe entre un vasallo
y su rey haber distancia.

Rey. Devaneos juveniles
fueron esos; pues tiranas,
las flechas de amor se atreven
hasta herir las regias almas.
Mas ese error ya pasó.

Olivares. Pues aun no hace una semana
que á pique de renovarlo
os vi.... La niña era alhaja,
á la verdad, y no estraño....

Rey. (*Levantándose enardecido.*)
¿La joven de la posada?

Olivares. Pues..., esa misma.... (*Aparte.*) Se acuerda,
y los ojos se le inflaman.

¡Bueno!

Rey. ¡Ay, amigo! Jamas
ví tal belleza, tal gracia.
¡Qué ojos! ¡qué labios! ¡qué tez!
¡qué talle! ¡qué todo!... Vaya,
desde entonces, lo confieso,
tengo su imagen grabada
en el pecho, y ni un instante
del pensamiento se aparta.
A todas horas la veo,
dulces sueños la retratan;
y aquella voz deliciosa
aun me embelesa, me encanta.

Olivares. ¡Famoso!... Mas que pensé
la cosa está adelantada. (*Aparte.*)
Pues señor, bella es sin duda; (*Alto.*)
mas ¿qué remedio? Olvidarla.

Rey. Por fuerza.... En esto he querido
portarme como un monarca.
Reprimir una pasion
es propio de grandes almas.

Olivares. ¿Quién lo duda?... Y cierto estoy
de que aun cuando se encontrara....

Rey. ¡Cómo!... ¿Qué decís?... ¿Acaso
sabeis donde está?

Olivares. ¿Yo?... nada.
Es un decir.

Rey. Ya se ve:
hay dificultad.

Olivares. ¡Y tanta!

Rey. No lo digo porque yo....
De verla, sí, me alegrara....
No con mal fin.

Olivares. Por supuesto.

Rey. Me pareció que no estaba
muy bien: y que era la suerte
con ella sobrado avara.

Olivares. Y vos hubierais querido
enmendar con mano franca
su injusticia....

Rey. Ciertamente.
Y ha sido, en verdad, estraña

imprevision.... Vos habeis
cometido una gran falta:
deber vuestro es prevenirme
en mis benéficas ansias.
Yo en todo no puedo estar;
y cuando á mí se me escapa
una buena accion, es fuerza
que los ministros....

Olivares. Me agrada.
¡Para que luego me abrumen
con mil calumnias é infamias!
¡Para que digan que solo
ejercito mi privanza
en servir vuestros amores,
y qué sé yo qué patrañas!
No, no, señor.

Rey. ¿Qué os importa?
Yo estoy satisfecho y basta.

Olivares. Y en fin, si hubiera sabido
que con intencion tan santa....

Rey. ¡Pues!

Olivares. Yo bien sé que pudierais
remediar su suerte escasa.

Rey. Eso quisiera.

Olivares. Un regalo,
con el fin de no humillarla.

Rey. Bien pensado.

Olivares. ¡Hay diamantistas
que con un primor trabajan!

Rey. Algun aderezo, es cierto.

Olivares. Y luego, como es tan grata
la presencia de personas,
en quien bienes se derraman....

Rey. Proseguid.

Olivares. Bueno seria
visitar su pobre estancia.

Rey. Bien me parece.

Olivares. Tan solo
por darla alivio y honrarla.

Rey. Cabal.

Olivares. Bien está... si es eso,
no he perdido la esperanza....

Rey. ¿Cómo?
Olivares. Que bien se podria....
Rey. ¿El qué?
Olivares. Digo: si el hallarla
os interesase....
Rey. Mucho.
Olivares. Se buscará.
Rey. Sin tardanza.
Olivares. Y muy pronto....—En fin, señor.
¿á qué gastar mas palabras?
¿Quereis ver á Serafina?
Rey. ¡Si quiero!
Olivares. Pues está hallada.
Rey. ¿Qué decís?
Olivares. Que la he seguido;
que sé su calle, su casa;
que tengo ya relaciones
con una de sus criadas;
que por mí todo está hecho
y á vos toca lo que falta.
Rey. ¿De veras? ¡Oh qué fortuna!
Olivares. No hay que alegrarse: cachaza.
Se encuentra un escollo.
Rey. ¿Cuál?
Olivares. Que la tal niña se casa.
Rey. ¿Con quién?
Olivares. Con el don Fernando.
Rey. ¿Aquel que en la venta estaba?
Olivares. El mismo.
Rey. ¿Y de sobremesa
cantó vuestras alabanzas?
Olivares. Pues.... aquel.... En un castillo
puede ir á completarlas.
Rey. Fuera venganza mezquina.
Olivares. Y ¿si nos estorba para....
Rey. Teneis razon; con ascenso,
le mandaremos á Italia.
Olivares. Pues á Italia.
Rey. Y ¿cuándo iré?....
Olivares. Mejor es hoy que mañana.
Rey. Pues dentro de media hora
esperadme en esta sala.

Olivares. Muy bien.

Rey. (*Aparte y yéndose.*)
¡ Y quise alejarle!
¡Necedad! ¡Si es una alhaja!

Olivares. Me parece que el remedio (*Aparte.*)
obra ya con eficacia.
Por esta vez la tormenta
tambien está disipada.

Acto tercero.

Sala en casa de Serafina. En el foro una reja que se abre. A la derecha del actor la puerta de entrada. A la izquierda otras dos: una para el interior de la casa, y otra de un gabinete. Mesa con luz y libros.

ESCENA PRIMERA.

EL REY. ANDRES DE LEON. JESUSA.

(*Andres de Leon está enseñando á Jesusa un aderezo. El rey examina la habitacion.*)

Jesusa. ¡Qué diamantes! ¡Cuánta perla!
Leon. ¿Veis como brillan?
Jesusa. Deslumbran.
Leon. ¡Qué riqueza! ¡qué trabajo!
Ni la duquesa de Osuna
tiene otro igual aderezo.
Jesusa. Habrá costado sin duda....
Leon. Poco: veinte mil ducados.
Jesusa. ¿Poco decís?
Leon. Poco.
Jesusa. Asusta
tanto dinero.
Leon. ¡Si es dueño
de cuanta plata se acuña!
Jesusa. ¡Jesus, qué rico será!
Leon. Con él ni hasta el mismo Fúcar
tiene que ver.
Jesusa. ¡Santo Dios!
Parece cosa de burla.

Miren lo que es el hidalgo.

Leon. Esto no es nada: concurra
vuesarced con su honradez
al honesto fin que busca,
y verá que en esta casa
un Potosí se sepulta;
y á la par de Serafina,
si tambien joyas os gustan,
vereis topacios, rubíes
realzar esa hermosura.

Jesusa. ¿De veras? ¡Lástima grande
que las tocas no lo sufran;
que es mucha su rigidez!

Rey. (*Acercándose y presentándole un bolsillo.*)
Pues esto las sustituya.

Jesusa. ¡Eh!

Leon. (*Presentándole otro bolsillo por el otro lado.*)
Y esto.

Jesusa. ¡Eh!

Leon. ¿Qué os sucede?

Jesusa. Me he quedado tan confusa....
¿Es para mí?

Rey. Sí.

Jesusa. ¡Dios mio!
No sé á cuál....

Leon. Pues vayan juntas.

Jesusa. Eso será lo mejor;
que así el elegir no apura.
(*Coge cada bolsillo con una mano y abre uno de ellos.*)
¡Y son doblones!

Leon. De á ocho.

Jesusa. ¡Qué nuevecitos!

Leon. La lluvia
son de Danae.

Jesusa. ¿Dana.... qué?

Leon. Cierta fábula que oculta
una verdad.

Jesusa. ¡Cosa rara!
Jurara que esta figura (*Al rey.*)
se os parece.

Rey. Se da un aire.

Leon. La nariz es mas aguda.

Pero guardadlo.

Jesusa. Eso haré
donde el sol no les dé nunca.

Rey. Vamos al caso; ¿qué hacemos?

Jesusa. Yo.... por mí.

(*Leon coloca el aderezo encima de la mesa.*)

Rey. ¿Veis esa suma?

Jesusa. Sí señor.

Rey. Pues bien, como ella
tendreis otra y otras muchas,
si logro feliz mi amor.

Jesusa. Pero....

Rey. Dejaos de escusas:
de lo contrario, una cárcel
por medianera y por bruja.

Jesusa. ¡Bruja yo! ¡Yo medianera!
Es una infame calumnia.

Rey. Pues probad que no lo es
dando á mi designio ayuda.

Jesusa. Eso fuera confesarlo.

Leon. Si para el señor hay bula.

Jesusa. Si es para lo que Dios manda....

Rey. O lo que el diablo os confunda.

Jesusa. Es que tiene Serafina
su novio ya; y ante el cura
con él se debe enlazar
mañana en primeras nupcias.

Rey. Y bien, ¿qué tenemos?

Jesusa. ¿Qué?
Que pues la alhaja es ya suya,
hagais, si quereis lograrla,
sobre ese otro novio puja.

Rey. Pues para eso hablarla quiero.

Jesusa. La peticion es muy justa;
mas ahora no está en casa.

Rey. Ella ha de volver.

Jesusa. Sin duda.

Rey. Pues la espero.

Jesusa. ¿Y si no viene
sola?

Rey. ¿Recibe tertulia?

Jesusa. Nadie entra aquí; mas vendrá

primero el señor Juan Ursa
su escudero.

Leon. Ese no importa.

Jesusa. Luego el otro....

Rey. No me asusta.

Jesusa. A mí sí; que el don Fernando
suele tener malas pulgas.

Rey. Yo sé muy bien espantarlas.

Jesusa. Pues, pendencia.... ¡Santa Justa!

Leon. No la habrá.

Jesusa. Será un escándalo.
La vecindad que murmura,
la justicia....

Rey. No haya miedo.

Jesusa. ¡Ay, este hombre me atribula!
Mirad....

Rey. No hay que replicar:
es preciso que se cumpla
mi propósito.... He de verla.
Lo quiero.... ¿Lo oís?

Jesusa. ¡Qué furia!
Yo.... señor.... ¡Ay! tiemblo toda.

Rey. ¡Ah, ah, ah!

Jesusa. Pues ¿no hace burla?

Rey. Lo dicho dicho.... Aquí espero.

(*Se sienta junto á la mesa y toma un libro.*)

Jesusa. ¡Y se sienta!... Pues me gusta.

Rey. Por mí no os incomodeis.
Pérsiles y Segismunda. (*Leyendo.*)
Novela del gran Cervantes.
Con esta amena lectura
se me hará el tiempo mas breve.

Jesusa. ¡Se va á armar una trifulca!
¡Amigo! (*A Leon.*)

Leon. ¿Y bien?

Jesusa. ¿No veis esto?

Leon. Por Dios, no seais testaruda.

Jesusa. ¡Qué miedo!

Leon. Ensanchad el pecho.
¿No estoy yo con vos? ¿Qué os turba?

Jesusa. Eso ahuyenta mi inquietud.

Leon. ¿Nada mas?

Jesusa. ¿Qué mas?
Leon. ¡Jesusa!
Jesusa. ¡Señor Andres!
Leon. Estos tragos
amargos, ¿quién los endulza?
Jesusa. ¿Necesito yo decirlo?
Leon. ¡Ay!
Jesusa. ¿Suspirais?
Leon. Garatusas
me hace el corazon.
Jesusa. ¿Por quién?
Leon. ¿Por quién? ¡Vaya una pregunta!
¿No lo sabeis?
Jesusa. ¡Quién creyera!
Leon. ¡Esas tocas lo que ocultan!
Jesusa. ¿El qué?
Leon. Yo bien lo diria;
mas la ocasion no me ayuda.
Jesusa. Buscadla.
Leon. ¿Cómo he de hallarla?
Jesusa. Amor el ingenio aguza.
Leon. Algo haced por vuestra parte.
Jesusa. Propicia estoy como nunca.
Leon. Si yo me atreviera....
Jesusa. ¿A qué?
Leon. A hacer una corta súplica.
Jesusa. Hablad.
Leon. Quisiera pediros....
una entrevista nocturna.
Jesusa. ¿Por qué?
Leon. Porque de esos ojos
la claridad me deslumbra;
y el sol, reflejando en ellos,
con dobles rayos me ofusca.
Jesusa. Los cerraré.
Leon. No, por Dios;
que fuera dejarme á oscuras.
En la sombra brillarán
plácidos como la luna,
y ya no habrán menester
esas gafas importunas....
Jesusa. ¡Seductor!

Leon. Con que....
Jesusa. Pedis
con tal gracia....
Leon. Amor me apunta.
Jesusa. Es el caso que la puerta
tiene tales cerraduras....
Leon. Pues bien, será por la reja.
Se abrirá sin duda alguna.
Jesusa. Aquella. (*Señalando la del foro.*)
Leon. Y así será
mas chistosa la aventura.
¿La llave?
Jesusa. La tengo aquí.
(*Señala un llavero que lleva colgado de la cintura.*)
Leon. ¡Jesus, cuántas llaves juntas!
¿Cuál es?
Jesusa. Esta.... ¿La sacais?
(*Leon saca la llave del llavero.*)
Leon. Me la guardo.
Jesusa. ¡Qué locura!
Dádmela. (*Quiere quitársela.*)
Leon. Ved que repara
el otro.
Rey. Bueno.... me gusta.
Seguid.
Jesusa. Yo, señor....
Leon. (*Al rey.*) ¿Mandais
algo?
Rey. Nada.
Jesusa. ¡Ay, virgen pura!
¡Qué calor!
Leon. Pues en tal caso,
si no hago falta....
Rey. Ninguna.
Leon. Me voy.... (Conseguí la llave: (*Aparte.*
bien he engañado á esta bruja.
Llevémosla al conde-duque.)
Jesusa. ¿Os vais?
Leon. Sí.... la suerte cruda
me aleja de vos.
Jesusa. Adios.
Leon. El cielo os guarde...' (en la tumba.)

Jesusa. ¿Hasta cuándo?
Leon. Hasta despues.
Jesusa. ¡Ay! (*Remilgándose.*)
Leon. ¿A qué hora?
Jesusa. A la una.

ESCENA II.

EL REY. DOÑA JESUSA.

Jesusa. ¡Ay, virgen del Tremedal!
¡Con este á solas me quedo!
Él es galan, bien portado....
Con todo, me inspira un miedo....
Rey. ¿Qué es eso, buena muger?
Jesusa. ¡Buena muger! ¡qué respeto!
Rey. Me parece que temblais.
Jesusa. Sí.... sí señor.... algo hay de eso.
Rey. ¿Qué os asusta?
Jesusa. Nada.... Y qué,
¿no os marchareis?
Rey. No por cierto.
Hasta ver á Serafina....
Jesusa. Pues tambien es buen empeño....
(*Suena la campanilla.*)
¡Ay!
Rey. Ahí está.
Jesusa. Sí será:
mas....
Rey. Id á abrir.
Jesusa. No me atrevo.
Rey. Marchad.
Jesusa. Si alguien la acompaña....
Rey. ¿Qué nos importa?
Jesusa. Tendremos
funcion. (*Vuelven á llamar.*)
Allá van.
Rey. ¿No oís?
Id.
Jesusa. Sí.... Siquiera escondeos
por de pronto.
Rey. ¡Qué pesada!

(*Otra vez la campanilla con mas fuerza.*)

Jesusa. Allá van.... Por Dios, os ruego
hasta ver....

Rey. Bien.... pero ¿dónde?

Jesusa. En aquel cuarto.... Sí.... luego. (*Va á abrir.*)

Rey. Buen lance de Calderon.
Ya el escondite tenemos:
si remata en cuchilladas,
no puede ser mas completo.

(*Se entra en el gabinete de la izquierda.*)

ESCENA III.

DOÑA SERAFINA. JESUSA. UN ESCUDERO. UNA DONCELLA.

Serafina. ¿Qué hacia doña Jesusa
que tanto ha tardado?

Jesusa. El sueño....
la soledad....

Serafina. ¿Nadie vino?

Jesusa. Nadie.

Serafina. (*A la doncella, dándole el manto.*)
Tomad.... Idos allá dentro.

(*Vase la doncella. Serafina se sienta junto á la mesa.*)

Jesusa. Mucho habeis tardado.

Serafina. Sí;
era un escribano viejo
y torpe.

Jesusa. ¿Está hecho el contrato?

Serafina. Mañana le firmaremos.

Jesusa. ¿Y cuándo las bendiciones?

Serafina. El domingo, segun creo.

Jesusa. Pues, señor, por muchos años.

Escudero. Y que Dios los haga buenos.

Serafina. Luego marchamos á Italia.

Jesusa. ¡A Italia! ¡Jesus! ¿Tan lejos?

Serafina. La señora así lo quiere.

Escudero. Muy buen pais.

Serafina. ¿Conocéislo?

Escudero. He guerreado en Milan.

Jesusa. Eso debió ser en tiempo
de Carlos quinto.

Escudero. Es verdad:
cuando vuestro nacimiento.
Jesusa. ¿Es decir que yo soy vieja?
Escudero. No tal: ¿quién sabe de cierto
vuestra edad?
Jesusa. Miren el....
Serafina. Vamos;
no hay que reñir.
Jesusa. ¡Estafermo!
Escudero. Me voy.... ¿me dais mis dos reales?
Jesusa. (*Saca un bolsillo y se los da.*)
Tomadlos.
Escudero. Vengan....
(*El rey abre la puerta del gabinete y saca la cabeza: el escudero repara en él.*)
¿Qué veo?
Jesusa. ¿Qué teneis?
Escudero. He visto un hombre....
Jesusa. ¡Chiton, por Dios!
Escudero. ¡Ah! Ya entiendo.
Dadme otros dos por callar.
Jesusa. Tomad.... y marchaos.
Escudero. (*Aparte.* ¡Bueno!
¡Otro galan en campaña!
Pues de novios nos comemos.)
Muy buenas noches, señoras. (*Alto.*)
Serafina. Hasta mañana.
Escudero. (¡Qué enredo! (*Aparte.*)
Y el otro.... Mas ¿qué me importa?
A mi rosario y callemos.) (*Vase.*)

ESCENA IV.

DOÑA SERAFINA. JESUSA; *luego* EL REY.

Serafina. Aun es temprano: leeré.
Jesusa. ¡Ahora es ella! (*Aparte.*)
Serafina. (*Reparando en el estuche.*) Mas ¿qué es esto?
Jesusa. ¿El qué?
Serafina. Esta caja.
Jesusa. Es verdad.
Serafina. ¡Qué diamantes tan soberbios!

¿Quién ha traido esto aquí,
doña Jesusa?

Jesusa. Yo pienso
que será....

Serafina. Sí.... sí.... ya caigo.
La señora.... El aderezo
para mi boda.... ¡Qué buena!

Jesusa. Pues.... sin duda.

(*Sale el rey precipitadamente del gabinete y se dirige á doña Serafina.*)

Rey. Hermoso dueño.

Serafina. ¿Qué miro?... ¡Un hombre!... ¿Quién sois?
¡Favor! ¡favor!

(*Corre á la reja, la abre y se pone á gritar.*)

Jesusa. (*Al rey.*) ¿Qué habeis hecho?
¡Sin avisarla!

Rey. (*A Serafina.*) Atended....

Serafina. ¡Favor!... ¡Vecinos!

(*Por la reja se ve aparecer un alcalde con su ronda.*)

Alcalde. ¿Qué es eso?

Serafina. Señor alcalde, venid;
que un hombre....

Alcalde. ¿Ladron tenemos?
Allá voy.

(*Serafina corre á la puerta para abrir.*)

Jesusa. ¡Pues, un alcalde!
¿No lo dije? Estamos frescos.

Rey. Tranquilizaos.

Jesusa. Nos lleva
á la cárcel, por lo menos.

Rey. ¡Y qué!

Jesusa. Luego nos ahorcan.

Rey. ¡Y qué!

Jesusa. Miren el perverso.
¡Qué calma!

Rey. Valor.

Jesusa. Ya llega.

Rey. Pues que venga: aquí le espero.

(*Se emboza y se sienta junto á la mesa.*)

ESCENA V.

EL REY. SERAFINA. JESUSA. ALCALDE. ALGUACILES.

Alcalde. ¿Dónde está?
Serafina. Vedle.
Alcalde. ¡Hola! ¡Hola!
Guardad las puertas. (*A los alguaciles.*)
Rey. No hay miedo:
no me escaparé.
Alcalde. ¡Y sentado!
¡Así me falta al respeto!
Buen hombre.
Rey. Pico mas alto.
Alcalde. ¡Hidalgo!
Rey. Soy caballero.
Alcalde. Acérquese á la justicia,
y entonces quien es veremos.
Rey. Si quiere saber quien soy,
acérquese ella primero.
Alcalde. Aquí represento al rey;
y el que no le acate....
Rey. (*Levantándose.*) Es cierto.
Aquí me teneis.
Alcalde. ¿A ver?
(*El alcalde se acerca, mira por el embozo y conoce al rey.*)
¿Qué miro?... ¡Señor!
Rey. ¡Silencio! (*Bajo.*)
No me descubrais.
Alcalde. ¿Quereis?....
Rey. Nada. Salid.
Alcalde. Obedezco.
Serafina. ¡Y bien!
Alcalde. Quedaos con Dios.
Serafina. Mas ¿cómo?
Alcalde. (*A la ronda.*) Fuera el sombrero,
vosotros.
Jesusa. Veo visiones.
Serafina. ¿No le prendeis?
Alcalde. ¡Jesus! (*Se persigna.*)
Serafina Pero....

Alcalde. Vamos, muchachos.
Serafina. Oid.
Alcalde. Señorita, á los pies vuestros.
(*Vanse el alcalde y los alguaciles haciendo muchas cortesias. Vase tambien Jesusa.*)

ESCENA VI.

EL REY. DOÑA SERAFINA.

Serafina. ¡Pasmada estoy!
Rey. Ya lo veis:
dueño del campo me quedo.
Serafina. ¡Cielos!... Comprender no puedo....
¿Quién sois?
Rey. ¿No me conoceis?
Dejad, Serafina el miedo.
Serafina. Con efecto.... me parece
haberos visto otra vez.
Rey. ¿Qué, ni un recuerdo os merece
quien por vos de amor perece?
Serafina. ¡Ah! sí.... cerca de Aranjuez.
El caballero galan
de las palabras de miel;
el que con fingido afan,
me estuvo hablando de iman,
y prisiones de clavel....
Rey. El que desde entonces ciego,
loco de amor, os adora;
el que ardiendo en dulce fuego,
viene á buscar el sosiego
que por vos perdió en mal hora;
el que á la luz de esos ojos
fuera de sí se enagena,
y arrostrando sus enojos,
rinde á tan dulce sirena
el corazon por despojos;
y, en fin, el que en su dolor,
no teme ser atrevido;
y aunque es digno de rigor,
os pide humilde, rendido,
una mirada de amor.

Serafina. Noble y cortés caballero,
que tal os quiero creer,
bien puede á honrada muger
fino obsequio pasagero
en posadas no ofender;
que entonces la cortesia
que en nobles pechos reside,
finezas al amor pide
por alegrar compañia
de quien luego se despide;
mas peca ya en descortés,
y por atrevido ofende,
quien á muger que pretende,
olvidado de quien es,
de esta manera sorprende;
y no alegue su pasion,
que amante tan loco y necio
no entrará en mi corazon,
y le echaré con desprecio
de mi casa cual ladron.

Rey. De hermosas es perdonar
amantes atrevimientos;
pues amor, para agradar,
tal vez erige su altar
en tan livianos cimientos.
No os ofenda mi osadía;
que la amorosa palestra
exige audacia y porfia,
y el amor con cobardía
nunca de lo que es da muestra.
Osar con su dama debe,
aunque se arriesgue á perdella;
como mariposa leve
que aun á la llama se atreve
por mas que perezca en ella.
Yo, señora, un dia os ví;
y de esos ojos prendado,
cual aquel insecto alado,
su luz divina seguí,
y en ella quedé abrasado:
como él, pudiendo tal vez
subir con ala ligera

del cedro á la cumbre fiera,
prefiero á tanta altivez
flor humilde en la pradera;
porque jamás tanto brilla
de amor la potente ley,
como si á los pies humilla
de ignorada pastorcilla,
cual á los vuestros, un rey.

Serafina. ¡Vos rey!... Dejadme reir:
donoso está el artificio.

Rey. ¿Pensais que osara fingir?...

Serafina. No, sino que estais sin juicio.

Rey. De él por vos he de salir.

Serafina. Pero ¡ay Dios! comprendo ahora....
Lo del alcalde.... ¿Es verdad?

Rey. Sí, rey es quien os adora
y os proclama su señora.

Serafina. Vos.... señor.... ¡ah!... perdonad....

Rey. Rey soy; pero en este instante
de serlo ya no me alabo,
puesto que rendido amante,
vos sois la reina triunfante,
y yo tan solo el esclavo.
Al yugo, en mi dulce pena,
esa beldad me condena;
mas con amorosos lazos
dadme solo por cadena
esos torneados brazos.
De ambos mundos la riqueza
en cambio vuestra será,
y de esa ansiada belleza
cada preciosa fineza
un tesoro pagará;
ó si en mas precio teneis
un amante corazon,
que ya traspasado habeis,
postrado por su pasion
á vuestras plantas lo veis. (*Se arrodilla.*)

Serafina. Bien parece, no lo niego,
ó dulce á lo menos es,
de un rey el humilde ruego,
si pinta su amante fuego

de una muger á los pies;
y por mas que lo resista,
si he de hablaros sin ficcion,
adulando su ambicion,
hace tan gustosa vista
cosquillas al corazon.
Y así en ocasion como esta,
vos rey y súbdita yo,
quien sin enfado os oyó
no estrañeis si algo le cuesta
el contestaros....

Rey. ¿Qué?

Serafina. No.

Rey. ¿No, decís?

Serafina. ¿Eso os admira?

Rey. ¿Luego despreciais mi amor?

Serafina. ¿Despreciarlo?... No, señor:
vale mucho; mas no aspira
mi humildad á tanto honor.

Rey. Razon, si con él se gana,
para resistir no encuentro.

Serafina. Es cual podrida manzana:
por de fuera muy lozana,
mas muy amarga por dentro.

Rey. ¿Qué amargor recelais de él?

Serafina. El de la manzana de Eva.

Rey. No hay serpiente aquí cruel
que á ofrecérosla se atreva.

Serafina. Una veo.... y harto infiel.

Rey. No será sino leal.

Serafina. Bien.... Mas necesito ahora
consultar, por no obrar mal,
con una persona.

Rey. ¿Cuál?

Serafina. Con la reina mi señora.

Rey. Por Dios, eso es delirar.

Serafina. ¿No quereis la sustituya?

Rey. ¡Con ella quereis contar!

Serafina. ¡Jesus! y ¡la he de robar
una prenda que ya es suya!

Rey. En sus dominios amor
hoy tales hurtos permite.

Serafina. Tal vez hiciera ese error,
si al propio tiempo, en desquite,
no me hurtara á mí el honor.
Rey. Podreis tener joyas mil.
Serafina. Mi honor es mas rica alhaja.
Rey. Aquí ninguno lo ultraja.
Serafina. Es tan sensible y sutíl,
que el menor soplo le aja.
Rey. Os daré tanta riqueza,
tanta gala y esplendor....
Serafina. Que me desprecien mejor.
Bien me estoy con mi pobreza:
mil gracias por el favor.
Rey. Ya que os esplicais así,
admitid siquiera aquí
un corazon que os destino.
Serafina. Tengo otro no menos fino,
y que hecho está para mí.
Rey. Comprendo.... Mas ese ya
veréisle alejarse en breve.
Partir para Italia debe:
dada la orden está.
Serafina. ¡O Dios! ¿Por ventura aleve?...
Rey. Es una amorosa treta
que redundará en su bien.
Gobernador de Gaeta
le he nombrado.
Serafina. No me inquieta:
si él se marcha, yo tambien.
Rey. ¿Eso decís?
Serafina. Por supuesto:
si él mi marido ha de ser,
donde él se halle ¿no es mi puesto?
Rey. Mas....
Serafina. Perdonad: soy en esto
escrupulosa muger.
Y no os teneis que cansar;
vuestra porfia es en vano;
que aunque gran monarca, es llano
todo no lo ha de alcanzar
el poder de un soberano;
ni os sirva de desconsuelo

obstáculo tan mezquino;
que una nube oculta el cielo,
y la guija de un camino
echa una carroza al suelo.
Por todo un rey obsequiada,
seré necia en despreciarle,
mas tengo, si no os enfada,
dos causas para no amarle;
que amo á otro y soy honrada.
Y ni esos diamantes bellos
con su brillo seductor
podrán menguar mi valor;
que es claro mi honor como ellos,
firme como ellos mi amor.

Rey. Pues bien.... (*Toca la campanilla.*)

Serafina. ¿Llamán? ¿qué será?
¡A estas horas!

Rey. Si temeis,
ese aposento podrá
esconderme.

Serafina. No os marcheis;
que eso culpable me hará.

ESCENA VII.

DICHOS. DON FERNANDO. JESUSA.

(*Sale Jesusa queriendo detener á don Fernando.*)

Jesusa. Esperad, avisaré.

Fernando. Es inútil.

Serafina. ¡Don Fernando!

Jesusa. A estas horas....

Fernando. ¡Qué pesada!
Vaya, quitaos del paso.
¡Cielos! (*Viendo al rey.*)

Serafina. ¡Sois vos!

Jesusa. Pues señor,
no hemos hecho mal fregado.

Fernando. (¡Un hombre con Serafina!) (*Aparte.*)

Serafina. ¿Veis, señor?
(*Al rey con tono de reconvencion.*)

Rey. No hay que asustaros.
Fernando. (¡Ah! su turbacion me prueba....) (*Aparte.*)
Serafina. No esperaba....
Fernando. Sí, está claro,
al veros tan bien servida,
que aquí no era yo esperado.
Serafina. ¿Sospechais?...
Fernando. Nada sospecho:
digo lo que á ver alcanzo.
Rey. Son los Cardonas tambien
celosos, si no me engaño.
Fernando. Y llevan consigo espada
para vengar sus agravios.
Rey. Tranquilizaos: no habeis
con los celos reparado
que aquí teneis un amigo.
Fernando. Os he conocido, hidalgo;
y espero que me sigais
donde habremos de esplicarnos.
Rey. Por mí no habrá de quedar:
si es vuestro gusto, salgamos.
Serafina. ¿Qué, señor, consentireis?...
Rey. Lances de honor no rechazo.
Serafina. ¿Y vuestra vida?
Rey. ¿Mi vida?
Serafina. Si algun golpe desgraciado....
Rey. No hayais recelo: mi espada
la asegura en estos casos.
Fernando. ¿Qué escucho?... ¿Por él temeis?...
Serafina. Fernando, temo por ambos:
por vos, porque sois quien sois,
porque cual esposo os amo;
y el señor, si lo ignorais,
porque es vuestro soberano.
Fernando. ¡Mi soberano!
Serafina. Lo es:
vuestro rey Felipe cuarto.
Fernando. ¿Qué escucho? Amor, honor mios,
¡que no he de poder vengaros!
Serafina. ¡Vos sospechais de mi fé!
Disculpas pudiera daros;
mas por indignas sospechas

á disculpas no me bajo.
Mas debiera yo esperar
del amor que habeis jurado;
y mas, si me conoceis,
vos tambien de mi recato;
que siempre limpio mi honor,
nada es capaz de empañarlo,
y á quien ose dudar de él
nunca entregaré mi mano.
Si en esta casa á deshoras
habeis al rey encontrado,
ni yo os puedo decir cómo,
ni me toca el aclararlo;
y así, don Fernando, á Dios:
con su magestad quedaos;
que él, como tan entendido,
sabrá en caso tan estraño,
á vos sin injustos celos,
y á mí con honra, dejarnos. (*Vase.*)

ESCENA VIII.

EL REY. DON FERNANDO.

Rey. (Por Dios, que estoy desgraciado: (*Aparte.*)
bien he venido á quedar.)
Fernando. (Ni aun me es lícito vengarme: (*Aparte.*)
honra mia, buena estás.)
(*Se quedan los dos un rato silenciosos.*)
Rey. Pensativo estais, Cardona.
Fernando. Pienso que sois mi rival,
y que el respeto me impide
justa venganza tomar.
Rey. Duéleme que hayais sabido
aquí mi alta dignidad;
pues lo que hora hace el respeto
viérais á mi espada obrar.
Fernando. Con todo, dadle las gracias:
sin él no alentarais ya.
Rey. Valiente sois, buen Cardona;
vive Dios, que me agradais:
y os perdono la amenaza

en pró de ese aire marcial.

Fernando. No os perdono yo, señor, -
la herida que aquí dejais.

Rey. Desechad esos rencores
y pelillos á la mar.

Fernando. Es muy profundo el agravio.

Rey. Teneis razon: ¿quereis mas?
Ambos, como caballeros,
este asunto ventilar
con la espada, cual conviene,
debiéramos en verdad;
mas pues viene lo monarca
lo caballero á estorbar,
cumplida satisfaccion
este monarca os dará;
que en mí, cual rey, está bien
lo que en otros tal vez mal.

Fernando. Bien os pudiera, señor,
mi franqueza perdonad,
lo monarca y caballero
al veros aquí negar;
porque no conozco á un rey
bajo tan torpe disfraz,
ni este tampoco es el sitio
que hora debiera ocupar;
y en cuanto á lo caballero,
dudas hay si lo será
cuando mostrarse no puede
en un lance como tal.

Rey. Atrevido.

Fernando. Si os ofendo,
mi osadia castigad;
mas este es el privilegio
que á mí la razon me da,
y este tambien el castigo
que os reporta el obrar mal.
Allá en el regio palacio,
cercado de magestad,
todos en vuestra presencia
postran humildes la faz,
y allí os adoran rendidos
todos cual ser celestial;

mas, señor, en este sitio
á tal punto os rebajais,
que perdiendo la corona
al pasar aquel umbral,
hora soy el soberano,
vos el vasallo no mas;
yo la frente alzo orgulloso,
vos al suelo la humillais.

Rey. ¡Que esto sufra!

Fernando. ¡Este es el rey
que á tantos hace temblar!
¡Este el señor de dos mundos
Felipe el Grande!... Mirad
en lo que emplea el poder
que casi á Dios le hace igual:
en seducir alevoso
la inocencia, en arrancar
á quien por él da su sangre,
amor y felicidad.
¡O digna hazaña! Y en tanto
sus dominios, ¿cómo estan?
Véncenle sus enemigos;
pierde ciudad tras ciudad;
alzan traidores la frente;
se va el reino á desmembrar;
no importa, mísera España,
tus derrotas llorarás;
pero en cambio, mientras triunfan
de tí Francia y Portugal,
de tu indolente monarca
los amores contarás.

Rey. ¡Infeliz! ¿Y así te atreves
tu soberano á insultar?
¿Sabes que castigar puedo
tu ciega temeridad,
y que con solo una voz?...

Fernando. Decidla, ¿qué mas me da?
Quitadme tambien la vida,
pues la dicha me quitais;
y á fin de que nada os deba,
tomad ahora, tomad.

(*Saca un papel y quiere entregárselo.*)

Rey. ¿Qué es esto?

Fernando. Mi nombramiento
de gobernador.

Rey. ¿Pensais
que yo?...

Fernando. Ufano á Serafina
le venia á noticiar
esta nueva, de mi rey
bendiciendo la bondad.
¡Necio que no adivinaba
que era una trama infernal
con que de ella me queria
el mismo rey alejar!
Tomad, tomad.... ¿No quereis?
Pues bien, yo....

(*Hace ademan de rasgar el papel; el rey le detiene.*)

Rey. ¡Eh! basta ya.
Ciega pasion os ofusca:
yo debiera castigar
vuestra insolencia.... y lo haré
cual cumple á mi dignidad.
Dad gracias á que aqui nadie
oyó ese lenguaje audaz,
que á no ser asi, yo mismo
no os pudiera perdonar;
pero solos nos hallamos,
y á saber no llegarán
que hay quien se atreve á su rey
y ya en la tumba no está.
Libre aqui soy en mis hechos,
y pues agraviado estais,
y yo el ofensor he sido,
todo lo quiero olvidar;
que esta accion será mas propia
de mi caracter real,
mucha mayor fortaleza
debiendo en ella mostrar.
A errores mil nos conduce
del amor la ceguedad;
harto lo sé yo.... y por eso
la indulgencia bien me está.
Decid ahora si en mí

al monarca no encontrais.
¿Enmudeceis?.... Bien, por Dios:
vuestra altivez ¿dó está ya?
Si vos sois el soberano
y yo el vasallo no mas,
¿cómo es que yo alzo la frente,
y vos la vuestra humillais?

Fernando. ¡Ah! señor.... (*Se arroja á sus pies.*)

Rey. Ved el castigo
que vuestro monarca os da;
y otro mayor todavia
os guarda.

Fernando. ¿Cuál?

Rey. Su amistad.

Fernando. ¿Es posible?

Rey. Levantaos.
dadme esa mano.

Fernando. Tomad.

Rey. Id, don Fernando, mañana
á palacio: alli os dirá
el rey don Felipe cuarto
cómo se sabe vengar.
Entanto, de Serafina
la inquietud tranquilizad.
Mirad que es digna de vos.

Fernando. No lo he dudado jamas.

Rey. Quedad con Dios, don Fernando.

Fernando. ¿Cómo, señor, asi os vais?

Rey. ¿Pues qué?...

Fernando. Tarde es ya: las calles
no muy seguras estan,
y es mi deber en tal caso
vuestra vida resguardar.

Rey. Pero Serafina inquieta....

Fernando. El amor aguardará;
pues donde manda el deber
le corresponde callar.

Rey. Venid.

Fernando. Jesusa.

Jesusa. (*Saliendo.*) ¿Señor?

Fernando. Yo voy con su magestad;
mas decid á Serafina

que vuelvo.

Jesusa. Se le dirá.

(*Vanse el rey y don Fernando.*)

ESCENA IX.

JESUSA, *sola.*

¡Que este es el rey! ¡Cielo santo!
¡Vaya unas cosas que vemos!
¡Un rey de España, ahi es nada,
andar en tales enredos!
¡Yo que pensaba ser cosa
del otro jueves el verlo,
he estado con él aqui
mano á mano! Es mucho cuento.
Y ¡qué llano!... Pues ¿y el otro?
¿Quién será?... ¿Quién?... Por lo menos
almirante, condestable....
¡qué sé yo!... Mucho sugeto
debe de ser.... sí.... preciso,
¡Ay mi Dios! Cuando me acuerdo....
Poco á poco, corazon,
que este ya es mucho contento.
¡Yo un amante condestable!
¡Jesus! Toda me estremezco.
Y ¡que al cabo de mis años
se me entre asi, sin saberlo,
tal fortunon por las puertas!
Bien dicen que.... Mas ¿qué es esto?
¿Qué ruido en la reja?... ¡Ay Dios!
¡El es!... ¡Terrible momento!

ESCENA X.

JESUSA. ANDRES DE LEON. CRIADOS.

(*Leon abre la reja y entra con misterio.*)

Leon. ¿Estais sola?

Jesusa. Sí, bien mio.

Leon. Y ¿Serafina?

Jesusa. Allá dentro.
Leon. Y ¿no hay nadie mas en casa?
Jesusa. Solo la doncella.
Leon. Bueno.
Entrad.
(*Leon va á la reja y llama á sus hombres, los cuales entran por ella.*)
Jesusa. ¿Qué haceis?... Esos hombres....
Leon. Son para....
Jesusa. ¡Jesus!
Leon. Silencio.
Jesusa. ¡Si serán ladrones! ¡Ay!
Leon. Callad os digo.
Jesusa. Sí.... pero....
Leon. Id y sacadla al instante.
(*A los hombres que se entran por la segunda puerta de la izquierda.*)
Jesusa. ¿Sacarla? ¿A quién?
Leon. Caro dueño,
no temais.
Jesusa. Es que....
Leon. ¿No veis
que estoy yo aqui?
Jesusa. Ya lo veo....
Mas esos hombres....
Leen. No importa.
Jesusa. Tienen todos un aspecto....
(*Se oye dentro gritar á Serafina.*)
Serafina. ¡Ay! ¡ay!... ¡Socorro!
Jesusa. ¿Qué escucho!
¡La señorita!
Leon. Teneos:
no os movais de aqui.... sino....
Jesusa. ¡Favor!
Leon. No griteis.
Jesusa. No puedo.
Leon. Pues yo os haré que podais.
(*Echa mano á la daga.*)
Jesusa. ¡Ah!... sí.... sí.
Leon. Vamos.... al suelo.
Jesusa. Sí.... sí.... ya estoy. (*Se arrodilla.*)
Leon. Si os alzais....

Jesusa. No.... no temais.

(*Los hombres salen llevándose á la fuerza á Serafina, á la que habrán tapado la boca con un pañuelo.*)

Leon. (*A los hombres.*) Bien.... corriendo
con ella al coche.

Jesusa. ¡Ama mia!

Leon. ¿Qué decis? (*A Jesusa.*)

Jesusa. Nada.... ¡San Pedro
me valga!

Leon. (*A los hombres.*) Sin ruido.... pronto....

(*Los hombres sacan á Serafina por la reja.*)

Jesusa. Se la llevan.... no hay remedio.

Leon. No mireis. (*A Jesusa.*)

Jesusa. No miro

Leon. Bajos
los ojos.

Jesusa. Sí.... ya los tengo.

Leon. Asi os habeis de quedar,
ó se os rebana el pescuezo,
hasta que eche andar el coche,
y os dé el aviso el estruendo
de las ruedas.

Jesusa. Sí.

Leon. Bien mio.
adios.... solita te dejo....
Mas paciencia.... Cuando vuelva,
pichona, nos casaremos.

ESCENA XI.

(*Jesusa permanece de rodillas y con la cabeza baja, buscando el rosario temblorosa y procurando rezar.*)

Jesusa. ¡Virgen santa!... Mi rosario....
Gracias á Dios que le encuentro....
Santa Maria.... ¡Qué susto!
Madre de Dios.... ¡Ay, qué miedo!
Libranos de todo mal....
¡Jesus, ni á rezar acierto!

(*Se oyen voces al otro lado de la reja, y se ve aparecer por ella á don Fernando.*)

ESCENA XII.

DON FERNANDO. JESUSA.

Voz. ¿Quién va?
Fernando. Quien puede.
Voz. Atras.
Fernando. No.
Voz. A la fuerza.
Fernando. Allá veremos.
Acercaos.... Mas ¿qué miro?
¿Cómo es que aqui se halla abierto?
(*Entran por la reja.*)
¿No hay nadie?.... ¡ Ah! sí.... ¿ No es Jesusa?
Jesusa. *Creo en Dios Padre....*
Fernando. ¿ Qué es esto ?
Doña Jesusa , ¿qué haceis?
Jesusa. Señor.... si no grito.... rezo.
Fernando. Alzaos. (*La hace levantar á la fuerza.*)
Jesusa. ¡Ay! ¡Don Fernando!
¿Vos aqui ?... ¿Sois tambien de ellos?
Fernando. ¿ De quienes?
Jesusa. De los ladrones.
Fernando. ¡Ladrones!
Jesusa. ¡Ah! ¡Ya se fueron!
Fernando. ¡ Ladrones!
(*Óyese el ruido de un coche que echa á andar.*)
Jesusa. Que se la llevan.
Fernando. ¿ A quién?
Jesusa. Serafina.
Fernando. ¡Cielos!
Jesusa. En ese coche.
Fernando. ¡Ese coche!
Jesusa. Sí, señor.... el compañero
del rey.
Fernando. ¡ Del rey!
Jesusa. El que vino
con él.
Fernando. ¿ Qué decís?.... ¡Perverso!
Y me decia.... ¡ Creed
en palabras de un rey luego!

Corramos.... Aun oigo el coche:
no puede hallarse muy lejos.
Quizas le alcance. ¡Infeliz
el que llegue á encontrar dentro!
Aunque fuere el mismo rey,
juro atravesarle el pecho.
(*Vase precipitadamente por la reja.*)

Acto cuarto.

Sala en casa del conde-duque. Puerta de entrada general por el foro puertas laterales. Mesa y escribania.

ESCENA PRIMERA.

OLIVARES. ANDRES DE LEON.

Olivares. Dejadme, Leon, por Dios.
Leon. Señor, no hay por qué enojarse.
Olivares. ¿No veis?...
Leon. Yo veo que todo
á pedir de boca sale.
Olivares. Pero....
Leon. El rey con Serafina
se quedó hasta ya muy tarde.
Olivares. Y tan solo consiguió
desengaños y desaires.
Leon. Luego el robo proyectado
tuvo efecto en un instante.
Olivares. Y el otro que llegó á punto
nos alborotó la calle.
Leon. ¿Qué importa, si ya tenemos
á buen recaudo á su amante?
El fruto se consiguió
por fin de nuestros afanes,
y dueño de la que adora,
el rey deberá alegrarse.
Olivares. Pues no se alegra.
Leon. ¿No?
Olivares. No.

Hemos trabajado en balde.

Leon. ¿Qué decís?

Olivares. Asi lo creo.

Leon. Y ¿qué motivo tan grande?...

Olivares. Tan solo os puedo decir
que cuando me llegué á darle
la noticia lisongera
de tan bien logrado lance,
en vez de alegre sonrisa
mostró severo el semblante.
Yo le conozco, y noté,
por mas que disimulase,
que lo del rapto le habia
causado enojo bastante.

Leon. Y ¿de cuándo acá, señor,
le dan escrúpulos tales?

Olivares. Algun capricho sin duda....

Leon. Pero en fin, ¿mostró enojarse?

Olivares. Disimuló, ya os lo he dicho;
y es señal que no me place.

Leon. Y ¿no hubo mas?

Olivares. Preguntó
con gesto algo mas afable
dónde Serafina estaba.
Se lo dije; y con cierto aire
misterioso, contestó
que iba á verla.

Leon. ¿Sí?... Que diantres:
eso es bueno.

Olivares. Me ofrecí,
por supuesto, á acompañarle;
mas díjome que queria
ir solo.

Leon. Bien: ¿qué le hace?
Toda compañia estorba
siempre en casos semejantes.

Olivares. Pero aquel gesto, aquel tono....

Leon. Meras cavilosidades.

Olivares. Al cabo bien podrá ser,
pues siempre tengo delante....
No hablemos mas del asunto.
A otra cosa.

Leon. Sí, mas vale.
Olivares. Os quiero dar cierto encargo.
Leon. ¿Secreto?
Olivares. Mucho.
Leon. Esplicadme....
Olivares. Cuidado, que esto, Leon,
no lo ha de traslucir nadie.
Leon. Nadie.
Olivares. ¿Lo creereis?... Me cuesta
cierto empacho el esplicarme.
Os vais á reir de mí.
Leon. ¿Qué es, señor?....
Olivares. Un disparate.
A mis años es ridículo.
Leon. Vamos, ¿tambien algun lance
de amor?
Olivares. ¡Ojalá!
Leon. ¿Pues qué?...
Olivares. Llegad... si nos escuchasen....
Leon. No hay nadie.
Olivares. Pues.... tengo celos.
Leon. ¿Quién?.... ¡Vos!... Será que los cause
la condesa?
Olivares. No han llegado,
es cierto, á formalizarse;
pero me atormenta un duende....
Aun es joven, bella, amable.
Leon. Pero ¿cómo una señora
de su virtud?...
Olivares. Sé que sale
con gran misterio á deshoras,
que va donde no se sabe....
Leon. Algun objeto piadoso....
Olivares. Podrá ser eso; no obstante,
será bueno averiguar....
Leon. Y ¿quereis que yo me encargue?...
Olivares. Sí, quiero.... Mas ella viene.
Id allá fuera á esperarme. (*Vase Leon.*)

ESCENA II.

OLIVARES. LA CONDESA.

Olivares. ¿Aun no habeis visto á la reina?
Condesa. No la veré hasta mas tarde.
Olivares. Mal hecho: nuestra privanza
va menguando por instantes:
la reina es quien sobre todo
con mas teson la combate,
y es preciso aprovechar
toda ocasion favorable....
Condesa. ¿Por qué no dejais la corte?
Esto fuera en mi dictámen
mas acertado.
Olivares. ¿Quereis
que á mi puesto otro se ensalce?
Condesa. Lo que quiero es salgais de él
primero que os lo arrebaten.
Olivares. Si tal hiciese, condesa,
me tacháran de cobarde.
Guardarélo, si Dios quiere,
hasta que otra cosa mande.
Por lo tanto, es menester
que vos apoyeis mis planes;
y con la reina....
Condesa. Mi afan
es hacer cuanto os complace;
mas permitidme que ahora
cierta diligencia evacue.
Olivares. ¿Vais á salir?
Condesa. Me es preciso....
Olivares. ¿Qué importa que se retarde?...
Condesa. Señor....
Olivares. (En esto hay misterio; (*Aparte.*)
mas yo sabré....) Perdonadme;
la reina puede salir,
y el deber exige que antes
os presenteis: en palacio
vivimos; tengo la llave
que abre paso á la real cámara,

y en menos de dos instantes
despachamos.

Condesa. Mas....

Olivares. Vendreis
conmigo: es indispensable.

Condesa. Vuestro querer es mi gusto.

Olivares. Se le ha alterado el semblante. (*Aparte.*)
Voy á dar algunas órdenes.
Pronto vuelvo: aqui esperadme. (*Vase.*)

ESCENA III.

LA CONDESA, *sola.*

¿Qué es esto?... Nunca le ví
tan adusto, ni mandarme
con tal imperio.... ¿Será
que á sospechar ya llegase?...
No es posible.... Sin embargo,
fuerza es que luego se marchen.
El peligro aumentará
cada dia que aqui pasen.
Pero, ¿cómo haré?... Debia
hoy el contrato firmarse.
Me esperarán.... Es preciso
de esta tardanza avisarles.
Escribiré.... Que lo firmen;
y que luego me lo manden.

(*Se sienta y escribe: sale una camarera.*)

Camarera. Señora....

Condesa. ¿Qué me quereis?

Camarera. ¿Podeis recibir?

Condesa. A nadie.

Camarera. Es una dueña.

Condesa. ¡Una dueña!

Camarera. Jesusa dice llamarse.

Condesa. ¡Jesusa!... ¿Ella aqui? ¡Dios mio!
¿Qué será?... Decid que pase.

(*Se levanta dejando sobre la mesa la carta que habia empezado á escribir.*)

¡Jesusa venir aqui!
¿Cuando ni siquiera sabe....

(*Salen Jesusa y la camarera: la condesa dice á esta.*)

Quedaos vos ahi fuera;
y si alguien viene, avisadme.

ESCENA IV.

LA CONDESA. JESUSA.

Condesa. ¿Y bien?... ¿Qué sucede?... ¿Quién
os ha dicho?...

Jesusa. Don Fernando....

Condesa. ¡Don Fernando!

Jesusa. Sí.... él me envia
porque queria avisaros....

Condesa. Y ¿por qué no viene él mismo?

Jesusa. El se ha metido en palacio
á hablar al rey.

Condesa. ¿Qué decís?
¿Qué ha sucedido?... Esplicaos.

Jesusa. Señora, una gran desgracia.

Condesa. Hablad.

Jesusa. Que se la llevaron.

Condesa. ¿A quién?

Jesusa. Doña Serafina.

Condesa. ¡Serafina!

Jesusa. Unos malvados
han penetrado esta noche
en casa y....

Condesa. ¡Gran Dios! ¡Un rapto!

Jesusa. Pues.... un rapto.... yo no sé
cómo penetrar lograron;
mas ello es....

Condesa. ¿Estais cierta?

Jesusa. Delante de mí ha pasado.
La metieron en un coche,
y en seguida....

Condesa ¡Cielo santo!
¡Es posible!... ¡Infames! ¡Ah!
No perdamos tiempo.... vamos....
(*Sale corriendo la camarera.*)

Camarera. Su escelencia viene.

Condesa. ¡El conde!

Si os hallase aqui.... ocultaos. (*A Jesusa.*)
Llevaosla.... por alli. (*A la Camarera.*)

Camarera. Venid. (*A Jesusa.*)

Condesa. Pronto.

Jesusa. ¡Vaya un caso!

(*Vase.*)

Condesa. ¡El conde! ¡A qué tiempo! ¿Cómo ocultar mi sobresalto?

(*Se sienta junto á la mesa, toma un libro y aparenta leer.*)

ESCENA V.

LA CONDESA. OLIVARES.

Oliv. Turbada está.... ¡Condesa!

Cond. ¡Ah!

Oliv. ¿Todavia ataviada no os hallo?

Cond. Os esperaba; y....

Oliv. Conmovida estais.

Cond. ¡Yo!...

Oliv. Sí.... ¿Qué penas os pueden afligir?

Cond. No tengo nada: nada.... Estaba leyendo.

Oliv. ¡Pues tan triste es ese libro!

Cond. Sí.... mucho.

Oliv. (*Tomando el libro.*) ¿Se llama?... *El ingenioso Hidalgo*.... ¡Oh! sí.... no hay duda; muy triste.

Cond. Es que....

Oliv. (*Con severidad.*) ¡Señora!

Cond. (*Aparte.*) ¡Oh qué miradas! ¿Qué me quereis?

Oliv. ¿Yo?... nada.... Id á vestiros, y volved pronto.

Cond. Bien. Voy. (*Ap.*) ¡A Dios gracias!

Oliv. Yo en tanto escribiré.

(*Olivares se acerca á la mesa para escribir. La conde-*

sa, que estará ya cerca de la puerta, se acuerda de la carta que dejó empezada, y vuelve precipitadamente.)

Cond. (*Aparte.*) ¡Dios!.... ¡Qué imprudencia!
Olvidada he dejado allí mi carta.
¡Señor!...

Oliv. ¿Qué?

Cond. Permitid.... Esos papeles....

Oliv. Verdad es: aqui miro principiada....

Cond. Es cosa indiferente.

Oliv. (*Observándola.*) Sin embargo,
de modo lo decís....

(*Viendo que la condesa se abalanza á coger la carta, pone la mano encima.*)

Tened.... dejadla.

Cond. ¡Señor!...

Oliv. La he de leer.

Cond. Pero....

Oliv. Lo quiero.

Cond. No.... no permitiré....

(*Olivares aparta con una mano á la condesa; y con la otra toma la carta y principia á leer*)

Oliv. *¡Hija adorada!*
¡Cielos!

Cond. ¡Perdon! ¡perdon!

Oliv. (*Repeliéndola.*) Ea, apartaos.

Cond. ¡Infeliz!... ¡Soy perdida!... ¡Dios me valga!
(*Se deja caer llorando sobre un sillon.*)

Oliv. ¡Hija adorada!—¡O Dios!.. ¿Qué horrible arcano?..
Ansio y tiemblo saber.... Fuerzas me faltan
ya para proseguir.... ¿Es por ventura
mayor de lo que pienso mi desgracia?
Leamos....
(*Lee para sí mostrando grande agitacion.*)
Sí.... no hay duda... ¿Qué mas prueba?...
¡Cierto su crimen es, cierta mi infamia!

Cond. ¡Ah! escuchadme....
(*Levantándose y yendo hácia él.*)

Oliv. Decid.... ¿cuál hija es esta?
La nuestra.... lo sabeis.... tiempo ha descansa
en la tumba.... Esplicad.... Probad que es falso
esto que estoy leyendo.... ilusion vana....

Qué.... ¿callais?... ¡Maldicion!... Para engañarme,
¡señora, no encontrais ni una palabra!

Cond. ¡Ah!... ¿Qué os podré decir?... Solo me es dado,
¡triste de mí! llorar á vuestras plantas.
(*Se arroja á sus pies.*)

Oliv. Alzad, señora, alzad.... Pronto.... aquí mismo....
decid.... ¿cuál hija es esta?... ¿dónde se halla?
¿Por qué hora la escribís?... Quiero saberlo....
Pronto, decid, hablad... ¡O qué tardanza!

Cond. ¿A qué intentais saber?...

Oliv. Muger perversa,
y ¿aun lo osas preguntar?... ¿Ves esta espada?
En su vil corazon una vez y otra,
y en el tuyo despues, quiero clavarla.

Cond. ¡En el mio podreis.... nunca en el suyo!
Venid, saciad en mí vuestra venganza.
Pero antes escuchad.... Mas que la vida
aprecio á vuestros ojos ser honrada:
dadme la muerte; pero sea solo
luego que mi virtud quede sin mancha.

Oliv. ¿Qué es lo que osas decir?... De alucinarme
¿aun conservar pretendes la esperanza?
¿Tu crimen negarás?

Cond. Todo me acusa:
venganza justa vuestro honor reclama;
mas nunca os ofendí, nunca, lo juro.
Nunca fuí criminal, fui desgraciada.

Oliv. Bien.... suspendo mis iras.... ya te escucho.
Habla.... descubre tan horrible trama:
sepa yo la verdad.... sí.... toda entera.
Mas, desdichada, tiembla si me engañas.

Cond. ¡Ah!... me sostengo apenas.... permitidme.

Oliv. Sentaos. (*Le da un sitial.*)

Cond. Dadme fuerzas, virgen santa.
Antes que el himeneo nuestra suerte
estrechara, señor, con fiel lazada,
allá en Sevilla, en el ardiente estio,
de mi quinta una noche regresaba;
que en ella del frescor y de las flores
fuera alegre á gozar con otras damas.
Palafrenes soberbios nos traian
entre gritos, canciones y algazara,

y apenas reprimian nuestras manos
su ardor que alegres voces aguijaban.
Numerosos criados y escuderos
iban en derredor, pero sin armas,
ahuyentando las sombras de la noche
con la movible luz de ardientes hachas.
Saliamos del bosque, y ya lucian
del rio cerca las sonantes aguas,
cuando á los ojos nuestros se presenta
de mozos bulliciosa cabalgata
que con tenaz empeño descorteses,
dándoles el licor sin duda audacia,
deternernos intentan, empleando
el insulto grosero y la amenaza.

Olív. ¡Dios mio! (*Turbado.*)

Cond. ¿Qué teneis?

Olív. Nada.... un recuerdo....
Seguid, por Dios, seguid.

Cond. ¡Ay! Asustada,
tomando solo del temor consejo,
y prestando la espuela al corcel alas,
huyo por la pradera, y mas me asusto
al ver que un caballero ya me alcanza....

Olív. ¡Cielos!... ¿Con que erais vos?... A vuestros gritos,
sin freno ya, vuestro bridon se espanta,
ciego en el bosque lóbrego se interna,
allí en el suelo sin sentido os lanza;
y....

Cond. ¿Qué oigo?... ¿Ya sabeis?... Mas ¿cómo?... ¡Cielos!
¿Quién os pudo contar?...

Olív. Esposa cara,
alza ya sin temor la frente pura,
que harto estás á mis ojos disculpada.

Cond. ¡Disculpada!

Olív. Lo estás; y yo gozoso,
rendido mi perdon pido á tus plantas.
(*Se arrodilla.*)

Cond. ¡Vuestro perdon!

Olív. Sí.... sí.... que el atrevido
que echara entonces en tu honor tal mancha,
mírale aquí á tus pies.... Era el esposo
que un Dios reparador te destinaba.

Cond. ¿Quién?.. ¡Vos!.. No me engañeis... ¡Vos! ¡Cielo santo!
¿Cómo creer?... No.... no.... fortuna tanta....
Oliv. Sí.... yo fuí.... no lo dudes.... Aun conservo
una cruz de rubíes que llevabas,
y al huir te arranqué.
Cond. ¡Bondad divina,
hoy con usura mis desdichas pagas.
Oliv. Sí.... ven.... querida esposa.... en este pecho
el llanto del placer hora derrama.
¡O dicha sin igual!... ¡Con que otra hija
á reemplazar vendrá la que lloraba!
¿Concibes mi placer?... ¡Ah! de contento
yo me debo morir al abrazarla.
Pero ¿dónde se encuentra?... Vamos.... pronto....
llévame donde está.... Ven, pues: ¿qué tardas?
Cond. ¡Ay!
Oliv. ¿Qué es esto?... ¿Suspiras?
Cond. Esa hija
que era mi dulce amor y mi esperanza....
Oliv. ¡Y bien!...
Cond. Bella, sensible, candorosa,
modelo de virtudes....
Oliv. Vamos.... habla.
Cond. Ayer ¡ay cielos! la estreché en mi seno,
y hoy....
Oliv. Prosigue.
Cond. Me ha sido arrebatada.
Oliv. ¡Arrebatada!... Dí.... ¿Cuándo?
Cond. Esta noche.
Oliv. ¿Dónde?
Cond. En Madrid.
Oliv. ¡O Dios!... ¿Cómo se llama?
Cond. Serafina.
Oliv. ¡Ella es!... Abrete, infierno,
y hunde á este criminal en tus entrañas.
Cond. ¡Ah!... ¿Qué decís, señor.... ¿Sabeis acaso
quién es el monstruo atroz que osó robarla?
Oliv. Sí.... le conozco.
Cond. ¿Conocéislo?... ¡y vive!
y ¿todavia del verdugo el hacha
su cuello no cortó?
Oliv. ¿Quieres vengarte?

Cond. ¡Si lo quiero, gran Dios!
Oliv. Toma esta daga,
y clávala en mi seno.
Cond. ¡Horrible crimen!
¡Vos habeis sido!
Oliv. Sí.... Ven, y me mata.
Cond. ¡Monstruo infame!
Oliv. Lo soy.
Cond. ¡Vos!.. ¿Con qué intento?
¿Qué hicísteis de ella, hablad? ¿Qué horrible trama...
Oliv. No lo preguntes, no.... si lo supieras....
Cond. Si lo supiera.... ¿y bien?
Oliv. Te horrorizaras.
Cond. ¡Ah! (*Se oculta la cara con las manos.*)
Oliv. (*Aparte.*) No quiero decirle.... no.... por siempre
ignore la verdad.
Cond. ¡Hija del alma!
Oliv. ¿Mas á qué me detengo?... Acaso pueda....
Aun tiempo debe ser.... Corro á salvarla.
Cond. ¿Será posible?
Oliv. Sí.... lo espero al menos.
Cond. Pues pronto.
Oliv. Vamos.... Ambicion insana,
¡este es el fruto amargo que recoges!
¿Estás, por fin, bastante castigada?

ESCENA IV.

DICHOS. UN CRIADO.

Criado. Señor, el rey viene.
Olivares. ¡El rey!
¿El rey, decís?
Criado. Por la puerta
que desde esta habitacion
le da entrada á vuecelencia
en la real cámara.
Olivares. ¡Ah! ¡Pese
á mi maldecida estrella!
Condesa. ¿Qué poderoso motivo?...
Olivares. Ya mi desdicha es completa.
Condesa. ¿Cómo? ¿qué oculto misterio?...

ESCENA VII.

DICHOS. EL REY.

Rey. El cielo os guarde, condesa.
Condesa. Señor....
Rey. Me alegro de hallaros:
en mi cámara os esperan.
Condesa. ¿A mí?
Rey. Sí.
Condesa. ¿Quién es?
Rey. Personas
que os quieren bien: id á verlas.
(*Vase la condesa.*)

ESCENA VIII.

EL REY. OLIVARES.

Rey. ¡Y bien, don Gaspar?
Olivares. (*Que habia permanecido como aplanado, vuelve en sí.*) ¡Señor!
¡Qué tan pronto estais de vuelta?
Rey. ¿De vuelta?... No sé de dónde.
Olivares. ¿De dónde quereis que sea?
De ver á esa Serafina.
Rey. No la he visto.
Olivares. (*Con estrema alegria.*)
(¡O providencia!) (*Aparte.*)
¡Qué! ¿no habeis ido á su casa? (*Alto.*)
Rey. No por cierto.
Olivares. (*Como descargado de un gran peso.*)
¡Ah!
Rey. ¿Cómo es eso?
Parece que esto os alegra.
Olivares. ¿Yo?... No señor.... Me es del todo
indiferente.
Rey. Creyera....
Mas no me engañais.... Teneis
empeño, esto es cosa cierta,
en que vuestro rey de amores
por esa niña se pierda.

Olivares. Muy al contrario. ¿Quereis
creerme?... Pues con franqueza,
que olvideis tal devaneo
mi lealtad os aconseja.

Rey. (¿Qué mudanza?... Si sabrá.... (*Aparte.*)
Noto en su semblante cierta
agitacion.... Apuremos....)
Pues no estoy en esa idea;
y hoy mismo ha de conseguir
mi amor victoria completa.

Olivares. (O cielos!) (*Aparte.*)

Rey. (Se inmuta.) (*Aparte.*)
(*Alto.*) Y vengo,
si es caso que no os molesta,
para que me acompañeis
ahora á ver á mi bella.

Olivares. ¿Yo, señor?

Rey. Sí.... Con que vamos.

Olivares. Dejad....

Rey. Es cosa resuelta.

Olivares. Otro dia.

Rey. No, mi amor
no permite tanta espera.

Olivares. Perdonad.... ciertos negocios....

Rey. Escusa todo.

Olivares. Es prudencia.
Conviene reflexionar....

Rey. ¡Reflexionar! ¡Esa es buena!
Despues que la hemos robado!

Olivares. Siempre viene bien la enmienda.

Rey. Pues amigo, no hay remedio:
hecho está el daño, paciencia.

Olivares. Pero, señor, advertid....

Rey. Conque en resumidas cuentas,
¿os negais á acompañarme?

Olivares. Me repugna accion tan fea.

Rey. Pues bien, quedaos con Dios:
si escrúpulos os aterran,
yo iré solo.

Olivares. ¿Solo?

Rey. Sí.

Olivares. Mirad....

Rey. No suelto la presa;
y pues la tengo encerrada....
Olivares. Pero, señor, la conciencia....
Rey. ¡Con lo que salís ahora!
Hermosa, amable y discreta
me enamora Serafina,
y voime corriendo á verla.
Olivares. ¿Ahora?
Rey. Sí, desde aquí.
Olivares. Por Dios, señor.
Rey. Sus finezas
hoy colmarán mi ventura.
Olivares. Abandonad tal empresa.
Rey. ¿Ni aun solo quereis que vaya?
Olivares. Mis lágrimas os lo ruegan.
Rey. No os canseis....
Olivares. A vuestros pies
os pido merced por ella.
Rey. ¿Por Serafina?
Olivares. Sí.
Rey. ¿Cómo?..
Olivares. Su recato, su inocencia....
Rey. ¿No sois el primero vos,
decidme, que la atropella?
Si está en mis manos ahora,
¿quién sino vos me la entrega?
Olivares. Es cierto, y de hecho tan vil
me confunde la vergüenza.
Rey. ¡La vergüenza! ¿Es ella sola
la que á mis plantas os echa?
¡El que ayer era arrojado,
hoy tan tímido se encuentra!
¡El que ayer pávulo daba
á mi pasion, hoy la enfrena!
¿Qué cambio es este? Sin duda
un misterio aquí se encierra.
Quiero saberlo: decid.
Olivares. Señor....
Rey. Hablad.
Olivares. ¡Ah!... No acierta
mi voz....
Rey. Pues voy....

Olivares. Serafina....
Rey. ¿Y bien?
Olivares. Es mi hija.
Rey. ¡Hija vuestra!
Falso.
Olivares. Creed á este llanto
que hora vuestras plantas riega.
Rey. Alzad.... Y ¿entregarme osásteis,
en vuestra ambicion funesta,
á vuestra sangre!
Olivares. ¿Pensais
que hecho la hubiera esa afrenta
á saber que era hija mia?
Rey. Y ¿qué importa no lo fuera?
¿No caia en otros padres
de su deshonor la mengua?
¿Menos sagrada era acaso
la honra suya que la vuestra?
Olivares. No, señor, y hora conozco....
Rey. Lo que conocer debiérais
ha tiempo ya; que un vasallo
que á tan alto puesto llega,
para aconsejar maldades
su monarca no le eleva;
que no debe acariciar
sus juveniles flaquezas,
sino leal contenerle
si alguna vez se despeña.
Sin duda vuestra ambicion
su apoyo fundaba en ellas,
y atar me quiso á su carro
con sus doradas cadenas;
mas el cielo en su justicia
hoy cual mereceis os premia;
y darle podeis las gracias
de que no es mayor la pena;
que á no ser de Serafina
la virtud firme cual peña,
la seduccion repeliendo
con heróica resistencia,
y á no encontrar en su amante
la generosa franqueza

que hizo al fin á mis oidos
llegar la verdad severa,
el crímen que aconsejásteis
hoy á perpetrarse llega,
y el deshonor y la infamia
hoy vuestra frente cubrieran.

Olivares. ¡Ah! señor, vuestras palabras
de espanto y dolor me llenan:
dejad que lejos de vos
vaya á ocultar mi vergüenza.

(*Se aparta del rey, y se deja caer abismado en el sillon que está junto á la mesa, permaneciendo allí con la cara oculta entre las manos.*)

ESCENA IX.

DICHOS. LA CONDESA. SERAFINA. DON FERNANDO.

Condesa. Ven... mira á tu padre ahora. (*A Serafina.*)

Serafina. ¡O dicha!

(*Quieren ir hácia donde está Olivares; el rey los detiene.*)

Rey. Aguardad.

Condesa. Señor....

Rey. Cubierto allí de rubor
su torpe delito llora.

Serafina. ¡Ah! Perdonad....

Rey. Ya lo está;
mas presentarle primero
yo mismo á su hija quiero.

Condesa. Pues qué, señor, ¿sabeis ya...

Rey. Me lo ha dicho habrá un momento.

(*Toma á Serafina por la mano y se acerca á Olivares.*)

Conde, alzad; que virtuosa,
y tan pura como hermosa,
á vuestra hija os presento.

Olivares. ¡Ah! señor.... ¿será verdad?

Rey. Aqui la teneis; miradla.

Serafina. ¡Padre!

Rey. (*Viendo que Olivares está indeciso y como mirándola asombrado.*)

¿Qué haceis?.... Abrazadla.

Olivares. (*Se levanta y abraza entusiasmado á Serafina.*)
¡Hija mia!
Rey. (*A don Fernando.*) Y vos, llegad,
don Fernando.
Fernando. (*Acercándose á Olivares.*) ¿Permitis....?
Olivares. ¡Ved qué hermosa! (*Al rey.*)
Rey. ¡A quién lo dice!
Serafina. ¡De hoy mas me creo felice!
Rey. Conde-duque, ¿no advertis
que otro hijo os da los brazos?
Olivares. ¿Quién?.... ¡Don Fernando!... Venid,
y los mios recibid.
Fernando. ¿Aprobais tan dulces lazos?
Olivares. ¡Pues no los he de aprobar!
Fernando. Colmais, señor, mi ventura.
(*El rey se separa, va á la mesa, se sienta y se pone á escribir.*)
Olivares. ¿Quién tal dicha me procura,
trocando en ella el pesar?
Fernando. El rey mismo; apenas fui
á su presencia guiado
cuando gozosa á su lado
á mi Serafina vi.
Supe entonces la verdad,
quién el robo ejecutára,
y en fin, que él le conservára
honra, esposo y libertad.
Olivares. ¡Oh cómo pagar podremos,
gran monarca... Pero ¿dónde?...
Fernando. Allí está escribiendo.
Rey. Conde,
aguardad; que hablar tenemos.
(*Dobla el papel que acaba de escribir, y se acerca con dignidad á los demas personages.*)
Gozad, amantes esposos,
de tan placentera union,
y el cielo vuestra pasion
corone haciendoos dichosos.
Mas huidme presurosos,
y perdonadme si os ruego
que os alejeis de mí luego;

pues aunque he jurado ahogar
mi amor, no es bueno dejar
las estopas junto al fuego.
Vos, conde, en este papel
mis órdenes recibid,
y sin tardanza cumplid
lo que va prescrito en él.
Me habeis sido amigo fiel,
de lealtad haceis alarde;
mas ya conozco, aunque tarde,
y aunque el corazon me aflije,
lo que mi corona exije;
y lo hago al fin.—Dios os guarde. (*Vase.*)

ESCENA X Y ULTIMA.

OLIVARES. LA CONDESA. DOÑA SERAFINA. DON FERNANDO.

Condesa. ¡Cielo santo! ¿qué será?
Olivares. ¡Harto el alma lo recela!
Mi sangre toda se hiela.
Condesa. Abrid, pues.
Olivares. Leamos ya.
(*Abre el pliego y lee.*)

«Conde-duque; resuelto como lo estoy, á gobernar en lo sucesivo por mí solo el reino, os relevo de todos los cargos que os tenia conferidos; siendo mi voluntad vayais á descansar de vuestras fatigas al palacio de Loeches.—Yo el Rey."

¡Cielos! ¡Mi desdicha es cierta!
Fernando. No, no; pensadlo mejor;
ese decreto, señor,
de afanes mil os liberta.
Olivares. ¿Quién podrá, triste de mí,
en mi caida espantosa
darme consuelo?
Condesa. Tu esposa.
Fernando. }
Serafina. } Y vuestros hijos.
Olivares. (*Mirándolos con ternura y abrazándolos.*)
Ah!... sí!

FIN DEL DRAMA.

Esta interesante coleccion comprende hasta el dia mas de 350 comedias, cuyos autores son:

D. Angel Saavedra, duque de Rivas.
D. Antonio Gil y Zárate.
D. Antonio Garcia Gutierrez.
D. Eugenio de Tapia.
D. Eugenio de Ochoa.
D. Francisco Martinez de la Rosa.
D. Gaspar Fernando Coll.
D. Isidoro Gil.
D. José Zorrilla.
D. José Espronceda.
D. José de Castro y Orozco.
D. José Garcia de Villalta.
D. Juan Eugenio Hartzenbusch.
D. Manuel Breton de los Herreros.
D. Manuel Eduardo Gorostiza.
D. Mariano José de Larra.
D. Mariano Roca de Togores.
D. Miguel Agustin Príncipe.
D. Patricio de la Escosura.
D. Ramon Navarrete.
D. Tomas Rodriguez Rubí.
D. Ventura de la Vega.

Teatro Moderno Español.

Van publicados 36 tomos. Se venden sueltos á 20 reales.

Teatro Antiguo Español.

Tirso de Molina. Consta de 12 tomos en 8.° marquilla, 160 rs.

Teatro Moderno Estrangero.

Van publicados 20 tomos. Se venden sueltos á 20 rs.

PUNTOS DE VENTA.

Madrid, librerias de Cuesta, calle Mayor, y de Rios, calle de Carretas, frente á la imprenta Nacional.

En las provincias en los siguientes:

Almeria.....	Gonzalez.
Alcoy.....	Marti Roig.
Alicante.....	Champourcin.
Burgos.....	Arnaiz.
Badajoz.....	Viuda de Carrillo.
Barcelona.....	Piferrer.
Cadiz.....	Moraleda.
Córdoba.....	Berard.
Coruña.....	Perez.
Granada.....	Sanz.
Habana.....	Urban Ramos.
Jaen.....	Orozco.
Jerez.....	Bueno.
Málaga.....	Aguilar.
Murcia.....	Gisbert.
Oviedo.....	Longoria.
Orense.....	Novoa.
Pamplona.....	Erasun.
Palencia.....	Santos.
Palma.....	Gelabert.
Santander.....	Riesgo.
Salamanca.....	Oliva.
Sevilla.....	Caro Cartaya.
Santiago.....	Rey Romero.
Vitoria.....	Ormilugue.
Valencia.....	Navarro.
Valladolid.....	Hijos de Rodriguez.
Zaragoza.....	Yagüe.

Un secreto de estado. 6
Memorias de un coronel. 4
Jusepo el Veronés. 6
El hijo de la tempestad. 6
Una boda improvisada. 4
Marcelino el tapicero. 6
Los dos solterones. 4
El hombre mas feo de Francia. 6
Noche toledana. 4
El juglar. 6
El castigo de una madre. 6
Las memorias del diablo. 6
Otra casa con dos puertas. 6
Gaspar. 6
Llueven bofetones. 4
Cazar en vedado. 6
El corsario. 6
Cásate por interés. 6
A cazar me vuelvo. 8
Ser buen padre. 6
El sitio de Bilbao. 4
Cromwell. 6
Pablo y Paulina. 4
La novia de palo. 4
Soltera, viuda y casada. 4
El protestante. 4
Catalina de Médicis. 6
El caballero de industria. 4
Cristobal el leñador. 6
Gabriela de Belle-Isle. 6
El abuelo. 4
El médico y la huérfana. 4
El pacto del hambre. 6
El proscripto. 6
La degollacion de los inocentes. 6
Los dos celosos. 6
Los cómicos del rey de Prusia. 4
La abadía de Castro. 6
Un hombre de bien. 4
La carcajada. 6
Lázaro. 6
Un secreto de familia. 6
Una aventura de Carlos II. 4
La molinera. 4
El mercader flamenco. 6
El secretario privado. 6
La cisterna de Alby. 6
Una cadena. 8
Amor y nobleza. 8
Antonio Perez y Felipe II. 6
Adolfo. 8
Amor venga sus agravios. 8

Antoni. 6
Ango. 6
Angelo, tirano de Pádua. 8
Amor y deber. 5
A un cobarde otro mayor. 4
Adel el Zegrí. 8
Baltasar Cozza. 8
Catalina Hovar. 6
Chiton!!! 5
Doña María de Molina. 8
Doña Urraca. 6
Doña Jimena de Ordoñez. 8
Doña Blanca de Navarra. 6
Diana de Chivrí. 6
D. Rodrigo Calderon. 8
Dos granaderos. 4
Dos padres para una hija. 4
Elvira de Albornoz. 6
El desconfiado. 8
El hijo predilecto. 8
Emilia. 8
El astrólogo de Valladolid. 8
El pária. 8
El campanero de san Pablo. 6
El casamiento nulo. 4
El afan de figurar. 4
El peluquero de antaño. 4
El pobre pretendiente. 4
El hijo en cuestion. 4
Está loca! 4
El dómine consejero. 4
El compositor y la estrangera. 4
El duque de Braganza. 5
El pilluelo de París. 5
El soprano. 4
El gondolero. 6
El castillo de san Alberto. 6
El ramillete y la carta. 4
El comodin. 4
El mulato. 6
El marido y el amante. 6
Fray Luis de Leon. 8
Funcion de bòda sin boda. 6
Garcilaso de la Vega. 6
Guillelmo Colman. 6
Hernani. 6
Hija, esposa y madre. 8
Intrigar para morir. 8
Incertidumbre y amor. 8
Intriga y amor. 6
Isabel de Babiera. 8
La vieja del candilejo. 6

La político-mania. 6
La estrella de oro. 8
Los cortesanos de D. Juan 5
La ocasion por los cabello 4
Los celos infundados. 8
Los amoríos de 1790. 8
La conjuracion de Fiesco. 6
La cuarentena. 5
La pata de cabra. 8
La gata muger. 6
Lucrecia Borgia. 8
Luis onceno. 6
Los guantes amarillos. 6
La frontera de Saboya. 8
Las máscaras negras. 4
La espada de mi padre. 4
La cruz de oro. 6
La hermana del sargento. 8
Los padres de la novia. 8
Luisa. 8
La escalera de mano. 8
La solterona. 8
La cuñada. 6
La hija del avaro. 4
La hostería de Segura. 4
Me voy á casar. 4
María Remond. 4
Macbet. 4
No hay mal que por bi 4
venga. 4
Ni el tio ni el sobrino. 4
No siempre el amor es ci 5
Padre é hijo. 5
Plan-plan. 4
Pablo el marino. 6
Roberto D' Artevelde. 6
Ricardo Darlington. 4
Sin nombre! 4
Stradella. 6
Teodoro. 4
Toma y daca. 8
Virtud en la deshonra. 6
Valeria. 8
Un poeta y una muger. 6
Una muger generosa. 6
Un dia de 1823. 6
Una y no mas. 8
Un artista. 6
Un tio en Indias. 6
Un liberal. 6
La familia improvisada. 8

EK 2.4.58

587972

LS
G4898mo

Gil y Zárate, Antonio
Un monarco y su privado.

NAME OF BORROWER

DATE

University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET

Acme Library Card Pocket
LOWE-MARTIN CO. LIMITED